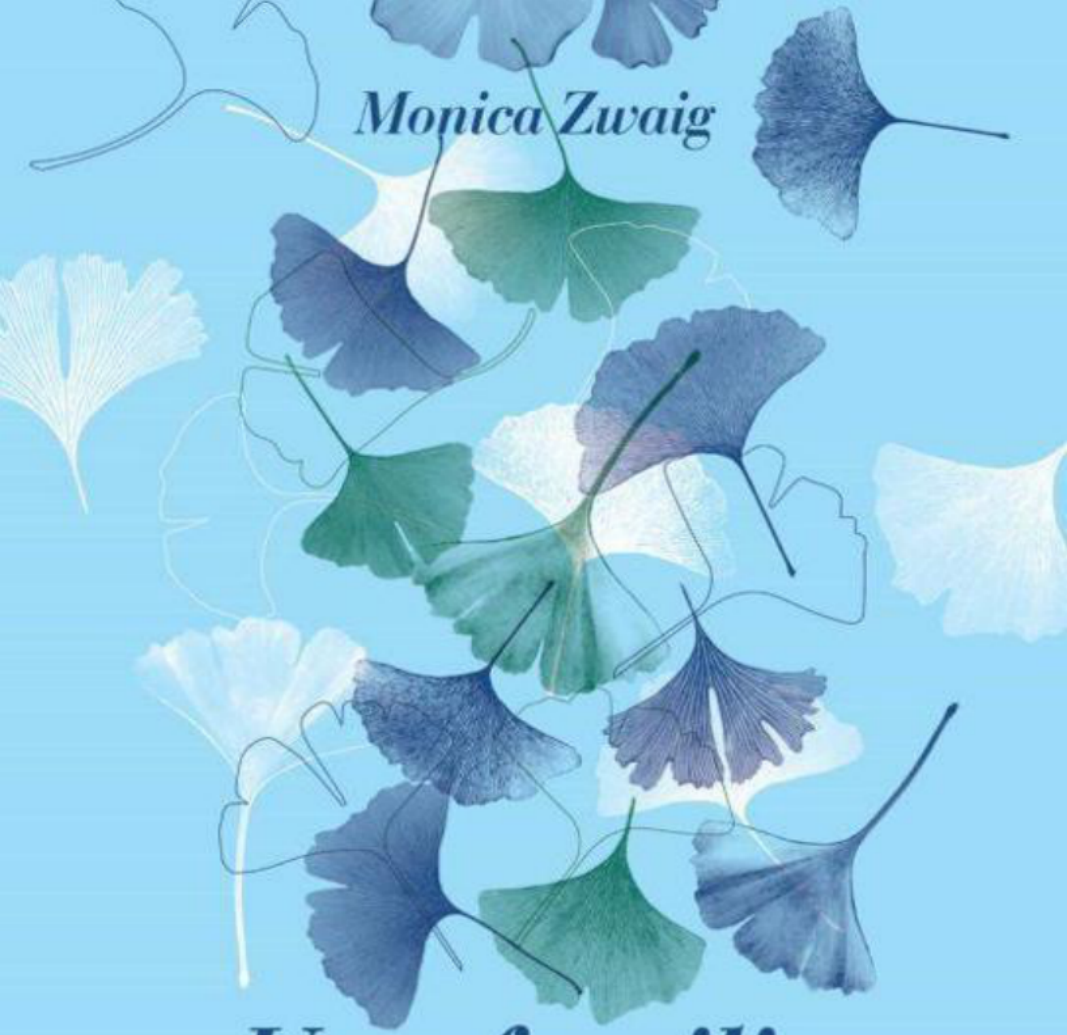
Monica Zwaig



Una familia bajo la nieve

blatt & ríos

UNA FAMILIA BAJO LA NIEVE

MONICA ZWAIG

blatt & ríos

Índice

Cubierta Portada Epígrafe Primera parte 1. Los monoblocks 2. Los fantasmas I 3. Los fantasmas II 4. La primera cita 5. La familia de papá 6. Flores 7. La vida en los suburbios 8. El paso del tiempo 9. La luna de miel 10. Rosita 11. Ginkgo biloba 12. El amor después de la muerte 13. La semana de mamá 14. La literatura latinoamericana 15. Mascota 16. El cumple de mamá 17. El divorcio de María y Juan 18. La despedida 19. Olvidarla 20. Las manchas 21. El descongelamiento de papá 22. Lesa humanidad 23. Mi salida del freezer 24. Mi primer 24 de marzo 25. La decisión Segunda parte Tercera parte Sobre la autora Créditos

“I will survive”.

Gloria Gaynor

***Primera parte* 1. Los monoblocks**

Nosotros nos criamos ahí, entre los monoblocks de los suburbios de Francia llenos de árabes y negros. Yo, de hecho, pensaba que éramos árabes. Pero no. Mi padre y mi madre son argentinos. Soy la primera de la familia que nació en Francia. Cuando nací, ya vivían en los monoblocks de los suburbios con mi hermano y mi hermana mayor. Cuando nació la más chiquita, seis años después, mis padres compraron una casa hermosa, en el medio de la nada, pero a sólo diez cuadras de los monoblocks. Seguíamos siendo árabes de los suburbios, pero en una casa.

La casa era enorme. Fue construida por un arquitecto italiano que se suicidó después de haber terminado el horno de pizza en el garaje. Se ahorcó ahí mismo, en la ducha del garaje, donde se encontraba también el calefón. Al lado había otra pieza, a la que le dimos el nombre de sala de juegos. Ahí jugábamos al monopatín, al básquetbol y hacíamos las fiestas de cumpleaños. Cuando mis padres se mudaron a la casa, la vecina de enfrente, también conocida como la chusma del barrio, les regaló la cuerda con la que se había ahorcado el arquitecto, diciéndoles que les iba a traer suerte. Mis padres no aceptaron el regalo y la chusma volvió a su casa con la cuerda en la mano. Nosotros éramos la tercera familia en mudarse ahí. El segundo propietario había sido boxeador, y se había suicidado en el cuarto que fue de mi hermano, un tiro en la sien.

Nuestra casa tenía tres pisos y un gran jardín con muchos árboles. El

jardinero venía dos veces por mes a cortar el pasto. El cerezo florecía todos los años, lo que nos garantizaba *clafoutis* de cerezas en el verano. Las escaleras y los pisos estaban hechos de mármol. Fuerte pero frío. Cada uno tenía su cuarto, pero a mí me daba miedo dormir sola y me escapaba en el medio de la noche para dormir al lado de la cama de mi hermano, en el piso.

Los nombres de mis hermanos son: Evaristo, Eva y Eliana. Los tres con E, menos yo porque mi nombre empieza con H. Harmonica. Me llamaron así por Bob Dylan. Cuando mi mamá se enteró de que estaba embarazada, me quiso llamar Aurora, pero no sabía pronunciar ese nombre en francés. Ella pronunciaba horror, en vez de Aurore. Entonces, como no podía llamar a su hija Horror, por más que algunos llamen a sus hijos con nombres terribles como Dolores o Consuelo, Concha o Concepción, mi mamá se dejó llevar por el sonido melancólico de la armónica. Yo empiezo con una hache, para que suene más francés porque en este país hay un montón de letras mudas y porque mis padres tenían la secreta esperanza de tener una hija más bien silenciosa, que no opine mucho sobre las cosas. Por más esdrújula que sea, mi nombre no lleva acento en castellano, porque fui anotada en Francia y los nombres no se deben traducir.

Después de unos años, otra familia compró un pedacito de terreno nuestro para construir su hogar. Ladrillo por ladrillo, vimos cómo construían su casita al lado de la nuestra. Digo casita porque tenía sólo dos pisos, aunque incluía todo lo esencial de un hogar: la chimenea, la cocina, el baño, el garaje y dos cuartos. Muy rápidamente instalaron una hamaca de plástico para jugar en el jardín y una pileta de lona en el verano. También tenían una mesa de plástico para comer afuera. La hija más grande tenía mi edad y fui varias veces a jugar a su casa y ella a la mía. Más allá de este vínculo entre nosotras, se notaba una convivencia pacífica entre las dos familias que, a pesar de compartir charlas de buenos vecinos, en general se ignoraban bastante.

Entre las dos casas construyeron un muro de cipreses que permitía tener un poco de intimidad. Más que nada, nuestra intimidad. La de ellos no estaba tan respetada porque bastaba con salir al balcón del living o mirar por la ventana del tercer piso para ver todo lo que ocurría detrás de los árboles, en esa casa, pedacito nuestro vendido a otra familia.

La tragedia de ellos, igual, no la vimos venir y nos enteramos por los chusmeríos de la vecina de enfrente, que sí tenía vista directa sobre la puerta de entrada de todas las casas del barrio. Ella fue la que nos

contó que el marido de la vecina había querido matar al amante de su mujer y se había equivocado de persona. Lo habían detenido y llevado a la cárcel, donde se suicidó. Todo eso sucedió en menos de cuarenta y ocho horas. Una tragedia express. Su mujer se acomodó de su ausencia poniéndose de novia, poco tiempo después, con el hermano gemelo de su marido.

No es fácil vivir en una casa donde murieron dos familias antes que la tuya, y el suicidio del vecino que compró un pedacito de nuestro jardín para construir su casa me terminó de convencer de la maldición sobre ese lugar. Sentía que estábamos rodeados de muertes. Me daba miedo que también nos pasara una tragedia por encima y por eso durante muchos años odié esa casa. Entendía que mis padres se habían mudado ahí porque querían algo lindo y mucho más grande que lo que teníamos en los monoblocks –los monoblocks franceses son una miseria– pero yo prefería nuestra vida chiquita en la miseria.

Antes de mudarnos ahí, habían visitado también otra casa hermosa y gigante, pero habían desistido de comprarla porque la ventana de la cocina daba directamente al cementerio del pueblo. Con el tiempo, pensé mejor las cosas y me di cuenta de que mis padres habían comprado esa casa porque les tenían miedo a las tumbas pero no a los fantasmas. **2. Los fantasmas I**

Para explicar por qué mis papás no les tenían miedo a los fantasmas tengo que contar algunas cosas del contexto, empezando por mi padre. Mi padre quiso hacer la revolución. Mi padre quiso hacer la revolución. Sí, mi padre quiso hacer la revolución. A veces pienso que debe ser un chiste. Y a veces me doy cuenta de que no es gracioso.

Mi papá quiso hacer la revolución de verdad, morir para cambiar el mundo, construir un mundo más justo para todos. Más de grande, fui reconstruyendo la historia. Es así: él se llama Juan, nació en Argentina. De chico iba a un colegio católico dirigido por unos curas irlandeses y ahí fue cuando empezó a nutrirse de ideas revolucionarias. Al principio se unió a un grupo de revolucionarios judíos, cuyo nombre nunca supe. Luego se unió a un grupo llamado Movimiento Revolucionario del 17 de octubre, una agrupación según él "aficionada al Che Guevara más que a Perón". En este grupo, era el encargado de la "comunicación": pintaba paredes y escribía en un diario. Una vez lo llevaron preso por haber pintado una pared con un eslogan contra Lanusse y mi mamá lo fue a buscar a la comisaría. Él en esa época estudiaba medicina acá en Argentina, en la facultad que está cerca de Pueyrredón y Córdoba. Con el tiempo, me contó que conocía a gente que a su vez habían conocido al Che Guevara y hacían

reuniones secretas en los sótanos de la facultad. Esa facultad es una facultad revolucionaria. A medida que avanzaba con su militancia, mi papá decidió dejar de estudiar medicina y empezó a trabajar en una fábrica para hacer concientización social. Eso hacía mi papá cuando lo detuvieron: comunicaba con los obreros diciéndoles que tenían que hacer respetar sus derechos y unirse a la lucha guevarista revolucionaria argentina, latinoamericana, universal del reino del Che. Esta es la revolución que hacía mi papá.

A pesar de todo esto, en mi familia nunca se habló de Ernesto Che Guevara. Yo lo descubrí cuando tenía catorce años porque mi cantante favorito francés, Renaud, había hecho una canción sobre él. Fue en un concierto de Renaud que me compré una remera con la cara del Che. No me la quería sacar nunca. En el colegio –católico– donde estudiaba, ya me habían pedido que no la usara más porque era provocadora, pero al poco tiempo sumé la boina con la estrella roja e hice la muestra de fin de año de piano vestida así. En mi casa nadie me dijo nada. Así que mi primer vínculo con el Che no fue por mi papá sino por una remera negra. Después la cambié por la remera de Kurt Cobain y luego por minifaldas y margaritas en el pelo. Toda mi vestimenta tenía que molestar a mis profesores. Pero la verdad es que lo que más les molestaba, en ese colegio, era mi apellido judío: Zartoriusky. Llevaba ese apellido todos los días a un colegio católico y vivía en un suburbio lleno de árabes. Eso es vivir en Francia. **3. Los fantasmas II**

Mi mamá tampoco les tenía miedo a los fantasmas. Me costó entender por qué. Ella no quería hacer la revolución porque no venía de una familia burguesa como mi papá.

Mi mamá se llama María, creció en San Francisco Solano, en una casita muy humilde con las paredes de tierra y sin pintura. Tenía un loro que se llamaba Pedrito. Un día mi abuela abrió violentamente la puerta de la cocina y aplastó a Pedrito contra la pared. María lloró mucho la muerte del loro y su mamá no le pidió disculpas por haber matado a su mascota. La mujer que no pidió disculpas es mi abuela Rosita. Ella era descendiente de indígenas. Tenía la nariz chata, ojos en almendra, piel oscura.

Los genes indígenas de Rosita venían de su bisabuelo paterno, pero para las cosas del trabajo, los genes de los colonos españoles fueron más fuertes: el papá de Rosita era policía, en una provincia del noreste del país. A los quince años, la mandaron a la Capital a estudiar para ser monja. Un día fueron con su coro de monjas a cantar en el Parque Lezama y ahí conoció a mi abuelo Luis.

Mi abuelo Luis era yugoslavo. Vino a la Argentina a visitar a un primo a los 14 años con la esperanza de juntar un poco de plata, pero quedó atrapado acá porque en su país empezó la Segunda Guerra Mundial. Entre Argentina y la guerra eligió una tercera posición: el trabajo. Acá fue obrero en una fábrica y era conocido por ser un dibujante talentoso. Luis era colorado, alto, con muchas pecas, y hablaba el castellano con un acento extranjero. Además, era militante comunista. Estaba en pleno acto comunista en el Parque Lezama cuando conoció a Rosita y ella dejó a Jesús por él. Y él dejo a Yugoslavia para quedarse en Argentina con ella. Los burgueses nunca dejan nada. Mis abuelos, en cambio, dejaron a Dios y la Patria para quedarse juntos.

Mi madre fue la única hija sobreviviente de este matrimonio, ya que se cuenta que tuvo una hermana mayor que falleció en el parto. Ahí aparecen los fantasmas. Mi abuela quedó muy traumada por esa pérdida. Además estaba convencida de que su primera hija no había muerto al nacer sino que se la habían robado, porque nunca le habían dejado ver su cadáver y todos sabemos que a los hijos de los pobres, cuando nacen rubios, se los roban. Cuando nació mi mamá, mi abuela Rosita no la quiso ver y no quiso ocuparse de ella. La dejó los tres primeros meses al cuidado de su hermana. Rosita le decía a mi mamá que su parto había sido horrible, que casi se había quedado paralizada y que por eso no podía ocuparse de ella. Después Rosita se reconcilió un poco con la maternidad.

Mi madre creció en San Francisco Solano, en la misma casa hasta que se casó. Su padre había transformado el jardín en un vivero lleno de plantas de todo tipo, que cuidaba con un amor, una dedicación y un compromiso que generaban la envidia de los otros jardines de la cuadra. En secreto, todas las noches, Luis hablaba en serbocroata con esas flores, a las que les daba el nombre de su país, “Yugoslavia”.

A Luis no lo conocí pero creo que nos habríamos llevado bien. Se murió el día en que nací, un día en que mamá se puso muy feliz y muy triste a la vez.

En casa se hablaba mucho de él y de Yugoslavia. Cuando nosotros vivíamos en la casa-suicida quisimos conocer su tierra natal. Fuimos en auto. Los cuatro hijos atrás y papá y mamá adelante. Papá se dejó crecer la barba en esas vacaciones. Hay una foto de él sobre un banco con mi hermana más chica, que tenía apenas dos años. Parece un padre prófugo con su hija.

La familia de mi abuelo vivía en una ciudad llamada Split, que según mis padres no tiene nada que ver con el postre banana split. Otros

familiares de Luis y primos de mi mamá vivían en

Dubrovnik. Todo eso queda en el borde del mar Adriático. Mi madre tenía tres primos y pasamos todo el verano con ellos y su familia. Fue la primera vez que pasé todo el verano en malla, en el mar, horas acostada en el piso de la casa del primo de mamá, jugando con una melódica y mirando el cielo sin nubes.

Mi madre había comprado un diccionario serbocroata y se manejaba bastante bien con el idioma. Su primo Iván fue el que más ayudó en la organización del viaje. Con su mujer nos alquilaban un departamento en Split y nos acompañaban a todos lados. Tenían dos hijos: Catalina y Gaitán. Jugábamos mucho a las escondidas y a la mancha sin que nos molestara no tener un idioma en común para hablar entre nosotros.

Para la mujer de Iván, todo era “Neima problema”. Repetía eso quince veces por día. Pero en la realidad, todo era un problema. Por ejemplo, comprar carne era un problema porque salía muy caro. El precio de la carne en Europa es el indicador del nivel de problemas políticos y económicos de cada país. Si la carne es muy barata, entonces “neima problema”. Pero no era el caso de Yugoslavia para esa época.

Los tres primos de mi madre también representaban un buen indicador del nivel de problemas políticos del país. Uno de ellos era muy de extrema derecha y nos quedamos a dormir sólo una noche en su casa. Reivindicaba que los nazis habían construido las mejores autopistas y los mejores campos de concentración de Europa. Como buen judío, mi padre no quiso volver a verlo nunca más, se pelearon y volvimos a la casa de Iván.

Dos años después de ese viaje estalló la guerra en Yugoslavia y mi casa del medio de la nada se convirtió en un refugio para ex yugoslavos. Me acuerdo particularmente de una señora grande llamada Ludmila. Era de Macedonia y cocinaba medialunas muy ricas. También me acuerdo de la pareja de amigos de mis papás, que eran de Serbia, y de nuestros vecinos que eran de Bosnia. De repente Francia y los monoblocks se llenaron de ex yugoslavos huyendo de la guerra. La misma que llegó a casa y nos distanció de la pareja de amigos de Serbia para siempre, porque se decía que los serbios eran los más malos en este conflicto. Iván fue el único que no pudo venir porque lo alcanzó un bombardeo antes que nosotros a él.

Durante mucho tiempo nos había quedado la duda del porqué de la presencia de mi abuelo en Argentina y la guerra en Yugoslavia nos reabrió esa incertidumbre. ¿Era verdad que había llegado antes de la

Segunda Guerra Mundial o era un nazi de Croacia que se había escapado? Siempre llega un momento en que uno empieza a sospechar de algún engaño en la historia familiar. Acá hubo varios.

Primero, 1978. Fue el año en que Luis se fue a vivir a Francia con Rosita, para estar con mi mamá, hija única y única sobreviviente de ese matrimonio. Fue su exilio de la dictadura argentina lo que le permitió volver por primera vez a su país, Yugoslavia, pero no lo dejaron entrar. Un problema de pasaporte, dijeron en la frontera.

Segundo, 1993. Después del viaje a Yugoslavia, cuando ya había estallado la guerra, mis padres dieron a leer muchos papeles de mi abuelo a otros yugoslavos de los monoblocks. Uno de ellos vino un día a hablar con mi padre y le dijo que mi abuelo seguramente había sido un hijo de puta croata, nazi y colaborador durante la Segunda Guerra Mundial, y que por eso se había ido a Argentina. Mi padre no lo podía creer. No era muy revolucionario haberse casado con la hija de un nazi yugoslavo. Además eso demostraba su falta de instinto para desenmascarar infiltrados.

Mi madre también dudó de quién era hija. Mi abuelo no parecía nazi, había sido muy buen padre.

Le gustaba un poco tomar vino, pero eso no es un crimen. Era muy trabajador y no sólo en la fábrica. Él cuidaba mucho la casa de San Francisco Solano. En todas las fotos se lo ve haciendo remodelaciones o cuidando las plantas. Tenía un perro ovejero alemán al que trataba como a un amigo. En el fondo de la casa, había fabricado una pequeña cabaña de chapa para que estuviera siempre a cuidado de la intemperie.

Muchos años más tarde encontramos un papel que corroboraba la fecha de llegada de mi abuelo a la Argentina. No me acuerdo qué papel era pero mi padre se quedó más tranquilo. El abuelo era sólo un hombre que no había podido volver nunca a su país. Papá sólo se había casado con la hija no judía de un obrero de la provincia y ya con eso era suficiente para romper con los mandatos familiares.

La guerra estuvo siempre muy presente en mi infancia, empezando por todos los libros que teníamos que leer sobre la Segunda Guerra Mundial para el colegio. Luego, cuando estalló la guerra del Golfo en los noventa, de la que Francia participó, yo tenía diez años y pensaba que iban a bombardear la casa. Alargué un poco el periodo de los terrores nocturnos hasta hacerlo llegar a ese momento. Estaba segura de que Saddam Hussein quería bombardear las fábricas Peugeot que

quedaban cerca. Por eso había elegido un país de refugio, Australia, del cual no se hablaba nunca en el noticiero de la noche y por lo tanto debía ser un país muy tranquilo. Al contrario, Francia es un país que entra en guerra seguido. **4. La primera cita**

Busqué mucho, pero no encontré nada en el relato de la primera cita entre mis padres que permitiera prever el drama que vino después.

Mi abuela Rosita era encargada de limpiar el consultorio médico de un cardiólogo acá en Capital. Mi mamá para esa época sufría de taquicardia. A lo mejor era por estrés, por cansancio, ya que empezaba a estudiar una carrera difícil como la de ser partera. Pero también podía ser una enfermedad grave. Para sacarse la duda, Rosita llevó a su hija a su trabajo y le pidió al cardiólogo que la revisara. El médico le dijo que mi mamá estaba bien del corazón, que la taquicardia no era grave. Entonces María se sintió más tranquila y se quedó en el consultorio ayudando a Rosita a lavar el piso.

Ahí fue cuando entró Juan, mi papá, que pasaba por el consultorio, ese día a esa hora, porque era el consultorio de su padre. Fue amor a primera vista. Para expresarlo, papá –futuro encargado de la comunicación en la militancia y en casa– le tiró bolitas de papel encima a María. Ella no reaccionó mucho, y era más bien tímida. Además estaba trabajando limpiando el piso, con su madre al lado. Papá fue a verla de más cerca y le preguntó cómo se llamaba.

—María.

—Yo soy Juan, vine a buscar unos libros de anatomía que tiene mi viejo. ¿Qué hacés acá?

—Me fui a atender con el doctor y estoy con mi mamá.

En ese momento entró Rosita. Juan siempre supo hacerse el valiente con las mujeres. Sin dudar, le preguntó a Rosita si podía invitar a su hija a tomar un helado. Y así fue como en la primera salida Rosita los acompañó a una heladería cerca del consultorio. Luego de eso, Juan le dijo a María: “Te aviso que si tu madre vuelve a salir con nosotros, esto se terminó”. Mamá se puso valiente con Rosita. Le pidió que la próxima vez la dejara ir sola. Ella tenía muchas ganas de conocer a Juan. Era muy pintón, estudiaba medicina. Él iba a ser médico y ella partera.

Para su primera salida solos mi padre la invitó a una cena en la casa de sus amigos. Mamá se vistió bien, se puso la cadenita de oro que se ponía para las ocasiones muy, muy especiales y compró un ramo de

flores. Pero no llegó a un lugar como ella esperaba porque Juan la llevó a comer un asado en una villa. Mamá no lo podía creer, porque se había vestido muy bien, pensando que papá iba a llevarla a una reunión llena de intelectuales de clase media como él, y en cambio fueron a un lugar donde le robaron la cadenita de oro. Los ladrones, amigos de mi papá, se la devolvieron más adelante. **5. La familia de papá**

También busqué mucho en la historia de la familia de papá para ver si encontraba ahí las semillas de la revolución. Hay hechos notables.

A papá le pusieron el nombre de un tío, uno que era químico y murió a los veinte años en la explosión de su laboratorio. Me enteré también de que mi padre tenía un primo que se había caído de la ventana a los seis años y se había muerto. Por último, mi abuela paterna me contó que papá casi se muere electrocutado a los dos años. Por eso me pregunto si habrá sido por ese contexto, de haber estado desde tan chico tan cerca de la muerte, que no le dio miedo hacer la revolución.

Él lo único que recuerda y cuenta sobre su infancia es que vivió con pantalones cortos hasta los trece años. Las demás cosas las tengo que inventar. Hace poco le regalé el libro de un escritor argentino, *El hijo judío*, y como le gustó tanto, imagino que ahí encontró algo de su infancia. Y como esa infancia ya la escribió un escritor argentino no voy a cometer el error de inventarla yo, que aprendí el castellano hace poquito.

Por lo demás, no vi grandes cosas en el resto de la historia familiar del lado paterno que dejen entrever lo de la revolución. Es la historia típica de los pogromos que terminaron con la huida a la Argentina. Vi sólo dos cosas en la historia del abuelo que podrían ser semillas de algo, pero no estoy segura. La primera es que él se peleó con el Ejército argentino en los años cuarenta: había logrado entrar como médico militar y se sintió rápidamente expulsado por el tono antisemita de la institución. La otra, mucho más contundente, es que a pesar de ser muy petiso era un gran jugador de básquetbol.

En la historia de la abuela sí existe una semilla un poco más visible. Durante su niñez, su madre trabajaba en el rubro gastronómico: envolvía caramelitos en papel, que luego colocaba en un frasco transparente y los vendía. Mi abuela se crio con la dulzura a su alcance, pero no la podía probar. Esto es una gran semilla de la revolución. En su vida de adulta se vengó y probó toda la dulzura junta. El encuentro con mi abuelo le permitió ascender la escalera social y construyeron juntos una familia. Gracias a la técnica de los

abortos clandestinos practicada por mi abuela fanática de las golosinas y mi abuelo médico, mi papá fue hijo único toda su vida y cargó sobre sus espaldas el mandato de devenir el hombre más exitoso del país. Mis abuelos no vinieron a Francia a vivir con nosotros, como hicieron los abuelos maternos. Ellos se quedaron acá para mantener el arraigo en este país. Eran la primera generación de descendientes de migrantes europeos, habían logrado tener sus primeras propiedades y era mucho pedirles que retrocedieran tantos casilleros. **6. Flores**

Mientras hacía la revolución en la fábrica, mi padre tuvo dos hijos con mi madre y se fueron a vivir a la casa de Flores que había sido también la casa de mis abuelos, la casa donde había vivido mi padre toda su vida y también el consultorio médico donde ellos se conocieron. Tuvieron una vida familiar casi normal hasta que, un 3 de febrero de 1975, cuando mi hermano tenía dos años y mi hermana tres meses, en horas avanzadas de la noche, hombres armados vinieron a buscar a mi papá.

Nunca hubo juicio por estos hechos, pero si esto fuese un alegato de un juicio de lesa humanidad escribiríamos: "Juan Zartoriusky fue secuestrado en su domicilio sito en la calle Caracas 2154, Capital Federal, por hombres armados y de civil. Lo llevaron al patio de su casa y le hicieron un simulacro de fusilamiento ahí mismo, al lado de su primer hijo Evaristo, de dos años de edad. Revolvieron toda la casa, robaron las joyas de la familia, que no eran muchas, y se llevaron a Juan. A la semana llamaron por teléfono en el medio de la noche y atendió la esposa de Juan, María. Por teléfono le dijeron '¿Vos sos María, la mujer de Juan? Él ya se murió bajo las descargas eléctricas. Ahora te vamos a matar a vos. Somos de la policía'".

Pero esto no es un alegato y la historia se resolvió de otra forma. Cuando María terminó de escuchar la tremenda amenaza de los policías, les contestó que estaban equivocados, que mi padre era un intelectual idealista y que no era ningún terrorista. Les pidió que no les hicieran nada, que ella tenía dos hijos chiquitos. Le cortaron. Mamá volvió a llamarlos, o sea que llamó a la central de policía de Flores y les dijo:

—Ustedes me acaban de llamar diciendo que me venían a matar. Mi marido no es un terrorista. Es un intelectual-idealista y no tienen derecho a matarme.

La policía de Flores le contestó que no habían sido ellos los que habían llamado, que se quedara tranquila, que irían inmediatamente. Mi madre les preguntó:

—¿Cómo los voy a reconocer, si vienen también vestidos de policía?

Cuando tocaron el timbre y se identificaron como de la policía, mi madre preguntó:

—¿Los buenos o los malos?

Debe haber sido un momento bastante tenso, de estos que se viven en cámara lenta y donde un segundo dura una hora. Por suerte, eran los buenos. Mi mamá los hizo pasar y los miró un poco extrañada. Ella nunca supo distinguir entre los buenos y los malos en las historias. En realidad, lo que sí supo esa noche, porque los policías buenos se lo dijeron, fue que se tenía que ir de la casa. Entonces María empezó a vivir en la clandestinidad durante más de un año, sola y con una beba de unos meses y un nene de dos años. **7. La vida en los suburbios**

De niña no me daba cuenta de que vivíamos en los suburbios de Francia. Primero porque vivíamos en una casa enorme con un jardín gigantesco que daba la sensación de estar en una isla desierta. Y segundo porque al colegio íbamos con gente de todos los colores. Para mí, los suburbios no eran una zona de exclusión de la población migrante sino una zona donde vivía el mundo entero. Por ejemplo, mi amiga Edwige era de Mali y Nabilá era de Argelia. Formábamos un grupito de chicas alternativas, en convivencia con el grupito de las chicas rubias de Francia. Nosotras nos sentíamos francesas y lo defendíamos en el recreo con los puños, si hacía falta, y no necesitábamos el afuera porque ya lo teníamos ahí adentro de nosotras.

El principal problema con los suburbios era pensar en el futuro y cómo íbamos a salir de ahí. Como todo el mundo preguntaba qué queríamos hacer cuando fuéramos grandes, pensaba que era urgente encontrar una vocación. Mis padres ya tenían un destino para sus hijos. Mi papá quería que fuéramos médicos como él; mi mamá quería que fuéramos princesas, como Lady Di. Yo quería ser doble de riesgo y para eso entrenaba duro. No me daban miedo los hematomas, tenía una misión y una vocación: caer en lugar de otro.

Pero el mundo de los dobles de riesgo es tan competitivo como cualquier disciplina artística y yo siempre odié competir. Por eso, tenía un plan B: ser abogada, como el presidente de la República, el gran François Mitterrand, el presidente socialista, abolicionista de la pena de muerte y partícipe de la resistencia contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Cuántos mitos puede reunir una sola persona! Nunca entendí el culto que había en mi familia por el

presidente, pero lo acepté. Descubriría recién treinta años después que fue gracias a él que nosotros, los refugiados, obtuvimos la ciudadanía francesa.

Cuando le conté a Edwige que si me iba mal con las caídas tal vez quisiera ser abogada, me contestó que ella también lo había pensado pero había descartado la opción. Me dijo:

—Los abogados tienen que defender a todos y yo no podría defender nunca a un violador, por ejemplo.

Edwige es de las personas más buenas que yo conocí en mi infancia. No sé cómo ella se enteró del tema de la violación, yo no sabía cómo había que hacer para violar a alguien. En mi casa no me daba para preguntar. Después de hablar de nuestro futuro profesional, empezamos a jugar a los violadores en el recreo. Yo tenía que violar a Arnaud, el chico más lindo del colegio. Él tenía diez años y yo sólo siete. Me llevaba tres cabezas, y no sólo porque yo era la más chiquita del colegio, también él era el más alto.

En mi casa mantenía en silencio todo lo que pasaba en el colegio. Sentía que no podía compartir mis sentimientos profundos con nadie. Entonces aprovechaba la gran libertad que me habían dado con el nacimiento de mi hermana más chica para encerrarme en la habitación de mi hermano y usar su máquina de escribir. A veces pasaba el miércoles a la tarde entero escribiendo poemas o canciones de amor para Arnaud o Eric o Yohan y después los escondía en sus mochilas como una carta anónima. El resto de los días tenía que lograr violarlos o darles un beso o conseguir que una tarde fuéramos al mismo cumpleaños y nos acostáramos en la cama uno al lado del otro, unos minutos. Sólo lograba la parte de los poemas anónimos. **8. El paso del tiempo**

En los noventa seguíamos ahí, en Francia, y estábamos por convertirnos en la familia Ingalls. Vivíamos en una casa con chimenea, jardín y un perro. Mi papá había hecho grabar el nombre de la casa en una insignia de hierro y “La Mascota” se había convertido en nuestro hogar, ahí en el impasse en el que vivíamos.

Nos habíamos perdido el tren del regreso de los exiliados en los ochenta. La escalera social francesa se había transformado en una escalera mecánica. Mi hermana estudiaba violín; mi hermano, saxofón. A mí me habían puesto a estudiar piano. Mi hermanita más chica había nacido sin ninguna obligación de hacer nada. Mamá tenía la obligación de cuidarnos a todos y prepararnos de comer mientras

papá iba al trabajo y traía el dinero que hacía funcionar el motor del sistema. En casa todos hablábamos francés y nuestro vínculo con el castellano, además de algunas visitas de mis abuelos, era por las canciones de Julio Iglesias, que era furor en Francia en esa época, y porque mamá era su fan incondicional. La abuela Rosa vivía sola, por su cuenta, y también había aprendido a hablar francés. Cada vez que iba a trabajar o salía de su casa para ir a la iglesia o hacer las compras se ponía polvo blanco en la cara y decía "En la vida, es mejor ser blanco". Como ella, nos fundíamos perfectamente todos en el decoro del paisaje francés porque el paso del tiempo es a la vez el mejor amigo y el peor enemigo del extranjero.

Nunca se mencionaba la palabra *Argentina*, salvo para hablar del dulce de leche que traían los abuelos cuando nos venían a visitar. Mis padres habían logrado borrar nuestros orígenes de la superficie. En lo profundo estaban esperando ahí para salir y brotar como las raíces de los árboles debajo de la tierra.

Fue en ese contexto, después de haber borrado nuestras huellas digitales, que mis padres decidieron tomar tres semanas de las vacaciones de verano para ir a Argentina. ¿Era un regreso o eran vacaciones?

Supuestamente eran vacaciones, pero después de un exilio de catorce años tenían un gusto a regreso. Era la primera vez en sus vidas que papá y mamá sacaban un pasaje para Argentina. Los anteriores habían sido sacados por algún funcionario de la Cruz Roja internacional porque ellos habían salido por primera vez del país para el exilio y nunca habían vuelto. Llevaban en sus valijas todos los disfraces necesarios para sobrevivir y escapar en cualquier situación.

Yo no sabía que eran tan duros los regresos y sólo llevaba un par de jeans que no estaban de moda porque en Argentina todas las nenas usaban calzas. Me quedó grabado eso, que la calza es argentina. Cuando volví a Francia, intenté usar un par en el colegio pero los franceses no entendieron. Allá son sólo para hacer gimnasia.

Cuando nos llevaron a Argentina en 1990, papá y mamá nos dijeron de no hablar nunca en la calle. No querían que se nos escapara ni una sola palabra en francés, menos en los transportes públicos y los taxis. Dentro de los disfraces que llevaban ellos, estaba el disfraz del que nunca se fue a vivir afuera, y al que los taxistas no pueden engañar. Sólo papá y mamá podían hablar, eran los directores de esa película.

No tengo recuerdos de haberlos visto llorar. En eso dudo a veces de mi

origen familiar, porque yo lloro siempre y hubiese llorado lo suficiente para abastecer toda la sequía de África de haber entendido que para ellos era un regreso a su tierra natal después de catorce años de exilio. En Argentina, la primera vez que lloré fue cuando papá me dio tres cachetadas en el andén del subte B porque le había soltado la mano y me caí saltando un escalón.

Habíamos ido a la Plaza de Mayo a darle de comer a las palomas. Todavía hay una foto mía con mi pantalón jean lleno de pitucones y mamá y las garrapiñadas, que me permite acordarme. Para eso sirven las fotos, son las testigos de que en algún momento algo existió, que alguien hizo algo. Lo mismo con los textos escritos. Queda eso y el resto se puede olvidar y volver a llenar la memoria de otras cosas. Por eso hago el esfuerzo de escribir ahora, para permitirme olvidar después.

Ese fue mi primer paseo en el invierno argentino. No podía creer lo ricas que eran las pizzas y las facturas con dulce de leche. No podía creer que hubiera chicos tan lindos. Me había enamorado de uno que me presentaban como mi primo, pero que no podía ser mi primo porque mamá no tenía hermanos. Era un chico de trece y yo tenía ocho. Tenía rulos y jugaba al fútbol. Traté de convencerlo de que viniera a Francia a vivir con nosotros pero me decía que no podía dejar a su perro labrador solo acá. Entonces le decía que podía venir con su perro, que nosotros vivíamos en una casa gigante que se llamaba “La Mascota”. Él no quiso y yo volví con la idea de que los argentinos eran los hombres más lindos del mundo. No era solo mi Edipo, lo había visto con mis propios ojos.

Hubo sólo dos incidentes en el transcurso de las vacaciones. El primero tuvo que ver con el calefón del departamento que alquilábamos por esas tres semanas. Era un departamento de Almagro, un séptimo piso, de unos quince años. En el medio de la noche, mi madre se despertó gritando y nos despertó a todos. Decía que había olor a gas. Ninguno de nosotros sentía nada. Abrimos las ventanas por las dudas. Y decidimos que al día siguiente llamaríamos a un gasista de confianza de mis abuelos para que se fijase si había algún problema. El susto de mi mamá fue grande, pero no había pérdida de gas. No sé en qué pensaba ella cuando se despertó gritando, ni a qué pérdida se refería.

El segundo incidente fue con mi papá. Él había entrado al país con su nacionalidad argentina. Tenía que ir a buscar su pasaporte a Azopardo, unos días antes de salir, pero no se lo querían dar. Decían que había una causa contra él y que no tenía derecho a salir del país.

Ahí mi papá se puso de color verde y empezó a gritar “Yo soy francés, déjenme salir del país, yo soy francés, vivo en Francia, trabajo allá”. Sacó su tarjeta de crédito francesa para mostrársela al policía que lo atendía. “¿Ves?, ese es mi nombre, y esa tarjeta es francesa. Yo soy francés. Me tienen que dejar salir del país”. Ahí sí me asusté. El policía estuvo haciendo más averiguaciones y le dijo a mi papá que volviera al día siguiente. No me dejaron acompañarlo, pero pudimos salir del país.

Cuando llegamos a Francia, mis padres decoraron la casa con todos los recuerdos que habían traído de Buenos Aires. Estaban los recuerdos que se veían, como el nido de hornero, las copas de café compradas en una tienda de productos del norte del país, un pingüino, muchos casetes de música folclórica, kilos de yerba mate y, para los niños, kilos de dulce de leche. También estaban los recuerdos que no se veían, o por lo menos yo no los vi, como el libro *Nunca Más*, la nostalgia, un poco de gusto amargo en el fondo de la garganta. Por suerte, no se les había dado por traer las cosas mersas que se vendían en Argentina en los noventa. **9. La luna de miel**

No quiero mentir. Mis padres después del viaje a Buenos Aires habían cambiado. No renegaban más del castellano. Empezaron una breve luna de miel con sus orígenes latinoamericanos. Para eso, abrieron una puerta de entrada más a nuestra casa para los latinos. El primero en entrar fue Sergio con su familia.

Sergio era chileno y había venido a Francia junto con su mujer. En los suburbios de Francia dieron a luz a dos hijos que tenían la edad de mi hermana más chica y la mía. Sergio trabajaba en la basura. Era de los que pasaban con el camión gris y verde recolector de los contenedores de basura que cada uno tenía en su casa o su edificio. Su mujer era costurera. Mi mamá le llevaba nuestros pantalones jogging y los jeans para que los llenara de pitucones e hiciera los ruedos. Ana, se llamaba la mujer de Sergio. Tenía el pelo largo marrón oscuro y flequillo. Vestía siempre polleras negras largas y blusa blanca. Por lo menos, así se mostraba cuando íbamos a verla. Vivían en una casa mucho más chica que la nuestra. No tenía chimeneas, no sobraba una habitación para un visitante, era un solo piso y lo más importante: las escaleras de la entrada eran de cemento. No había jardín, los chicos jugaban en la vereda. Ana no manejaba autos y como nuestra casa quedaba lejos de las paradas de colectivo –quedaba en el medio de la nada– íbamos nosotros a verla. Mamá hablaba con Ana y papá, con Sergio, en castellano. Yo no le entendía nada a Ana, y cada vez que me quería medir una ropa, me agarraba pánico. Terminaba moviéndome mucho y los pantalones siempre me los dejaba muy cortos.

Una noche sonó el teléfono cuando todos ya estábamos dormidos. Atendió mi mamá. Era Ana, estaba llorando. Mamá se preocupó y despertó a papá. Sergio estaba internado. Eso escuché escondida en el pasillo al lado de la habitación de mis padres. La verdad la supe al día siguiente.

A Sergio le agarró el mismo virus que al arquitecto que construyó nuestra casa: el virus del suicidio. Se quiso ahorcar en la ducha chica de su casa chica. Lo que pasa es que Sergio era muy gordo y muy pesado y la ducha no soportó tanto peso. A veces pienso que los objetos son sabios. Hay pesos con los que no hay que cargar, como la muerte de una persona. Sergio cayó vivo en la ducha y se rompió la nariz, que pegó contra las cerámicas del baño, y también el tobillo. Tenía una depresión fuerte. Yo no entendía el significado de esa palabra. Me lo explicó mi mamá en estos términos: en Chile Sergio era guardiacárcel. Para mí era más simple. Era culpa de la ropa que le traíamos a Ana y que venía de nuestra casa, la que tenía la maldición del suicida. Algún día sin querer debíamos de haber llevado esa maldición a la casa chica de los chilenos. Yo no sabía todavía que había habido una dictadura en Chile y que Sergio había guardado celdas en esa época. Tampoco estaba al tanto de que mi papá había sido llevado también a la cárcel en Chile por un plan llamado Cóndor.

Después de Sergio y su familia entraron a nuestra casa Silvana y Eric. Eran una pareja mixta: ella era argentina y él francés. Ellos tenían muchos contactos con otros argentinos. Supieron armar una red. Un fin de semana de verano, trajeron a todos sus amigos argentinos y mixtos a nuestra casa. Instalamos dos carpas en el jardín, y varios colchones en el piso del living. Se hizo un asado gigante. Ese día dejé escapar de la jaula a mi mascota Miki. Era un hámster que me había regalado Douadi, un compañerito del colegio. Su mamá ya no quería que lo tuviera en la casa y yo quería una mascota sólo para mí. Les estaba mostrando a Miki a los otros niños hijos de los invitados cuando la bestia me mordió el dedo gordo de la mano, justo ahí donde se unen la uña con la carne. Por el susto, largué a Miki, que se fue corriendo lejos de su jaula. Estábamos en el garaje, el lugar donde vivía mi mascota.

Miki dio varias vueltas mientras lo corríamos para atraparlo. Se escondió detrás del lavarropas unos minutos hasta que salió corriendo por la puerta que daba al jardín. Ningún imbécil era ese hámster. El problema del jardín era que quedaba muy cerca de otros jardines donde vivían perros enormes. Nos preocupaba especialmente que Miki fuera en dirección de la casa del ovejero alemán de los vecinos de la derecha. Gritamos todo lo que pudimos para orientarlo hacia la

izquierda pero el hámster seguía escapando hacía la derecha. Iba rápido y tenía la ventaja de que se podía esconder bajo los cipreses.

No lo pudimos salvar. Los adultos tampoco. Se lo comió el ovejero alemán. Mi papá hizo un chiste, como que Miki era judío y el perro del vecino era nazi. Yo lloraba desconsoladamente ante el horror. Para mí era un suicidio. El hámster había querido poner fin a sus días. Era una vez más la maldición de la casa. Ese fue nuestro único asado con la red de argentinos o mixtos. El efecto luna de miel con los orígenes empezó a decaer después del asado y terminó cayendo definitivamente cuando murió Rosita. **10. Rosita**

Rosita vivía sola desde que su marido Luis había muerto de un ataque al corazón, a los tres años de haber venido a Francia. Durante la semana se despertaba a la mañana para ir a trabajar en la concesionaria Peugeot. Su trabajo consistía en limpiar los vidrios de la concesionaria, luego el piso del local, luego el piso de los autos en exposición, luego las tazas de café que habían dejado los vendedores, luego los baños de la concesionaria. Después de todo eso, volvía a su casa.

En el camino pasaba por la verdulería o el supermercado y compraba lo que necesitaba para preparar la cena. Cuando llegaba prendía la tele a un volumen muy elevado porque era sorda y miraba las telenovelas mientras descansaba un poco. Su favorita era “Santa Bárbara”. En su casa lavaba la ropa, los pisos, los platos, los vidrios. También escribía cartas a sus hermanas y amigas que había dejado en Argentina. Cada vez que mandaba una carta a su país anotaba la fecha de envío en una vieja agenda de cuero del 75 con Martín Fierro en la tapa. El tiempo había quedado suspendido ahí. Las fechas después de su llegada a Francia las anotaba cada vez más chiquitas para que entre todo en el mismo cuaderno. Era escribir más chiquito o volver. Era tan irreal para ella haber abandonado su país, su idioma, su trabajo, a los cincuenta años, para ir a un país europeo en el que no compartía ninguna raíz y perder a su marido al poco tiempo. Ella seguía en los suburbios y nuestra casa estaba lejos. La íbamos a visitar los domingos, después de que llegaba de la iglesia y comíamos las riquísimas empanadas y milanesas que preparaba. A la tarde íbamos a jugar al tobogán detrás de su monoblock y ella se quedaba charlando con mi mamá.

Casi todos los días llamaba por teléfono a casa. Nos empezamos a preocupar cuando pasaron varios días sin sus llamadas y tampoco atendía el teléfono. Hablamos con la concesionaria y nos dijeron que no estaba yendo desde hacía tres días. Entonces fuimos a ver y no

estaba en su casa. Rosita había desaparecido. Empezó el clásico tour de la angustia: comisaría, hospitales, morgues. Mamá estaba loca buscando hasta que la encontró.

La abuela Rosita estaba internada en un hospital. Se le había explotado una vena en el cerebro, un ACV. El primer síntoma había sido la pérdida del francés. Fueron dos días en los que se comunicaba únicamente en castellano, pero ella no se daba cuenta. Después de eso se cayó en la calle, tuvo convulsiones y perdió la consciencia. Los que pasaban llamaron a una ambulancia. No sabían cómo identificarla porque no llevaba ningún documento encima. Había salido a comprar el pan porque el pan duro ya lo había revivido dos veces.

Rosita estaba en coma cuando la encontraron. Nunca se despertó. Mamá quedó definitivamente huérfana. Inmediatamente mi papá avisó a la Argentina de la muerte de Rosita. Se tomaron el primer avión los otros abuelos. A Rosita la enterraron en el mismo cementerio que Luis. Ellos, que habían dejado a su patria y su dios para vivir juntos, seguirían exiliados de sus reinos en la eternidad. ¿O la abuela había ido al paraíso, con tanta iglesia encima?

Los abuelos argentinos se quedaron una semana a vivir con nosotros. Se supone que eso debía ayudar, pero a mamá la sacaba de quicio. Entonces yo jugaba en el jardín el mayor tiempo posible y trataba de estar en casa solamente para dormir y comer. El abuelo se dio cuenta de eso y me vino a hablar. Me preguntó si quería jugar con él a armar torres. Fuimos a la cocina y sacó todos los yogures de la heladera. Francia es el país del yogur, hay para todos los gustos. Empezó a hacer torres de yogures sobre la mesa de la cocina, hasta que uno se cayó y mi abuelo dijo: se suicidó. Nos reímos con el alma pesada, pero nos reímos. **11. Ginkgo biloba**

Es un árbol que “no tiene parientes vivos”.

Así lo define Wikipedia. Mi papá lo trajo a casa un sábado a la tarde. En el jardín ya había un cerezo, varios pinos, una lila, una magnolia, pero todos ellos antecedían nuestra llegada. Era tiempo de plantar raíces con las que identificarnos. Fue toda una ceremonia, diez días después de la muerte de Rosita. Construimos el pozo de cincuenta centímetros en una bajada del lado derecho del jardín. Incluso lo medimos con un metro, para hacerlo con seriedad. Papá, especialmente, estaba muy serio. Faltaba sólo una marcha militar de fondo para que explotase el barómetro de la solemnidad.

Mi hermana mayor buscó la pala, mi hermano hizo el pozo, mi padre

lo midió, mi hermana más chica sacó fotos, mi mamá nos miró, y yo lo tiré adentro del pozo. Mi hermano volvió a tirar la tierra arriba. Todos fuimos a buscar piedras grandes y construimos un círculo de piedras blancas alrededor del bebé ginkgo. El árbol medía un metro pero estaba destinado a medir mucho más y a proteger esa casa y esa familia de todas las guerras. Porque el ginkgo biloba es un árbol-sobreviviente. Sobrevivió al ataque nuclear de Hiroshima. Nadie sabía que era tan fuerte. Se enteraron cuando, al año siguiente de la bomba nuclear, florecieron todos los ginkgo.

Nadie en la familia sabía esa anécdota, ni siquiera papá que había elegido el árbol en el vivero. A él le gustaba porque le dijeron que vivía muchos años y crecía mucho. También le encantaba la forma de las hojas. Es un árbol medicinal, además. Sus hojas tienen propiedades que superan las mentiras que dicen en las publicidades de shampoo o de yogur. Pero hubo un problema. No lo habíamos plantado bastante profundo. El árbol crecía, pero a un ritmo muy lento. Nos dimos cuenta porque papá trajo otro bebé ginkgo biloba a los pocos meses. No hicimos ninguna ceremonia, pero hicimos un pozo más profundo en otra parte del jardín. A los seis meses, el nuevo ginkgo ya había pasado al primero por cincuenta centímetros. No éramos una familia con raíces muy profundas pero crecíamos como el primer ginkgo, lentamente.

Sobre la tumba de Rosita pusimos unas flores del cerezo y yo le conté lo del ginkgo a través del mármol. **12. El amor después de la muerte**

Mientras papá iba a trabajar, había otro hombre en casa.

Mamá estaba muy enamorada de él. La vi tan enamorada de él que le pregunté a quién prefería más: si a papá o a Julio Iglesias. No me contestó. Mamá seguía enojada desde la muerte de Rosita. Y eso hacía que aumentaran las peleas con papá, que nos llevaba a McDonald's cuando se peleaba con mamá. Fueron meses de ir muy seguido a McDonald's. A mí eso no me molestaba y hasta el día de hoy, cuando me siento muy mal, me voy a McDonald's o Burger King. Pasaría todas las fiestas de fin de año internada ahí.

Mamá necesitaba palabras de amor en castellano y las encontraba en las letras de las canciones de Julio Iglesias. Papá, en cambio, leía libros de intelectuales franceses como Courteline o Georges Bataille. Por eso, María empezó a salir de casa más seguido y Juan a volver más tarde del trabajo. Nos quedábamos con mis hermanos esperando el regreso de los adultos. Era el mundo del revés. En ese contexto, decidieron irse de viaje juntos un fin de semana, a ver si podían

reparar algo de la grieta que se había formado en la pareja. A nosotros no nos dieron tantas explicaciones, sólo nos dijeron que papá tenía un coloquio y que mamá iba con él. A mi hermana más chica y a mí nos dejaron en la casa de la secretaria de papá y su marido. Eran personas de unos cincuenta años. Tenían tres hijos grandes que ya no vivían más con ellos, y un gato. Alquilaban un departamento un poco más grande que los departamentos de los monoblocks, detrás del colegio del barrio, el colegio Víctor Hugo.

En el baño tenían un calendario con chicas desnudas arriba de motos. Una chica diferente y una moto diferente para cada mes. Yo miraba si había alguna parecida a mí, o si todas eran rubias con el pelo ondulado y muchas tetas. Ese calendario me parecía tan extraño que me lo quedaba mirando durante largo tiempo, hasta que me golpeaba la puerta del baño la secretaria de papá y me decía de salir. Era siempre lo mismo, cada vez que iba a su casa.

Esta vez que papá y mamá estaban de viaje y nos dejaron todo el fin de semana ahí, pasó algo diferente. Almorzó con nosotros el hijo mayor de la pareja. Era un grandulón de unos treinta años, con las mejillas rojas y el pelo cortado al estilo militar. Su presencia me incomodaba, tal vez por el estilo militar. No dije una sola palabra en el almuerzo y tampoco me demoré mirando las fotos en el baño. Después de comer, me quedé mirando los juegos en la tele hasta que el hijo se fue y lo acompañamos a su auto. Me despidió con un beso en la mejilla y me dijo: hasta luego bella Harmonica. No me significó nada pero en el camino del regreso la secretaria de mi papá me dijo que su hijo quería casarse conmigo cuando fuera grande. Entré en una crisis de llanto imparable. Pasaban las horas y seguía llorando. Mi desesperación fue tan grande que la secretaria de papá tuvo que llamar a casa y llevarme de vuelta ahí junto a mi hermanita más chica, al cuidado de Evaristo. No le podía explicar a nadie mi desamparo. Esa noche necesitaba mis sábanas de nena, mis peluches, mis hermanos. Tenía en claro que yo no me quería casar.

Mis padres volvieron del coloquio y nos reunieron para avisarnos que mamá se iba a vivir a otro departamento un tiempo. Dijeron que no era una separación, ni un divorcio, pero que mamá quería estudiar y para eso necesitaba estar más cerca de su colegio. **13. La semana de mamá**

María se inscribió a la facultad de Letras de la Universidad de la Sorbonne, en la carrera de Letras Latinoamericanas. Dejó los suburbios y se instaló en un departamento en París, cuyo alquiler estaba a cargo de mi padre. A casa llegaron libros de Borges en una edición en dos

idiomas. La página de la izquierda en castellano y la de derecha en francés. Mamá se los cargó en el auto y se los llevó a su nueva casa. Al principio ella venía los fines de semana y volvía a acostarse en la cama matrimonial con papá.

A veces íbamos nosotros a verla y nos quedábamos a dormir. Su departamento era muy chico, medía dieciocho metros cuadrados. Era una caja de zapatos con un sillón-cama, una mesa que servía de escritorio y un placard incorporado a la pared. En la misma pieza estaba la kitchenette, es decir una pequeña heladera que arriba tenía dos placas eléctricas para cocinar y al lado una pileta. En el fondo había una puerta corrediza detrás una ducha, una pileta y un inodoro. Cuando íbamos a dormir parecía que íbamos de campamento. Traíamos dos colchones inflables para los que no cabían en el sillón. Para mí esas noches encerrados todos en la misma pieza eran la gloria. Todos juntos podíamos ser mucho más fuertes contra los fantasmas o los vampiros que amenazaban visitarnos. Por primera vez, aprendía a disfrutar del sueño y se lo debía mucho a la pequeñez. Era también el principio de mi adolescencia, cuando uno descubre de repente que dormir tiene sentido.

En la semana mamá llamaba todos los días, varias veces al día. Mis hermanos mayores ya se desenvolvían solos, pero a ella le preocupaba cómo nos organizábamos mi hermana más chica y yo. Nunca fue cuestión de que fuéramos con ella a París, porque papá no quería que cambiáramos de escuela. Para él era muy importante darnos estabilidad y continuidad en ese cambio familiar. Si además cambiábamos de escuela, podíamos llegar a derrapar y convertirnos en adolescentes rebeldes que fuman marihuana. Para un militante de la revolución, no hay nada peor que esto: la droga y la desidia sexual. Por eso, él, que no era católico, igual quería que estudiáramos en un colegio católico que nos podía encaminar a ser personas de alta moralidad. Él ya había hecho ese camino de la alta moralidad en el colegio católico y también en la revolución. Mamá se había salido sola de la moralidad de papá y nos había dejado ahí en nuestra casa gigante.

El costo de mantener la moral en casa era el costo de emplear a una señora para que hiciera todas las tareas domésticas que mamá no hacía más. Así que todos los días, salvo los fines de semana, venía Madame Montiel, lavaba los platos, ponía a lavar ropa, planchaba, limpiaba los pisos, ordenaba las habitaciones, hacía las camas y también preparaba la comida. Todos los días Madame Montiel preparaba la misma ensalada de endivias con limón y atún. El plato principal variaba muy poco. Nosotros comíamos al mediodía en el

colegio y a la noche la comida que nos había dejado Madame Montiel. Ella era divorciada y tenía tres hijos. Uno de ellos tenía psoriasis. De lo único que hablaba era de eso. Le costaba aceptarlo, mucho más que a él.

En cuanto a los afectos y la demostración de cariño y amor, mamá cumplía con la distancia que separa París de los suburbios. A veces esa distancia se acortaba y mamá se hacía más presente. Nos hacía preguntas, escuchaba las respuestas y dejaba que le hiciéramos preguntas nosotros. A veces la distancia se alargaba y sentíamos la exclusión y el desinterés.

Su ausencia se hacía sentir sobre todo a la noche. Había una persona menos para luchar contra los vampiros y los fantasmas. Y una persona menos para mirar el noticiero de las ocho conmigo. Papá trataba de volver más temprano del trabajo pero no lo lograba muy seguido. Además, él odia mirar la tele y cuando llegaba quería que todos nos sentáramos a leer un libro al lado de él o que nos sentáramos en silencio en la cocina mientras se calentaba en el microondas lo que había dejado Madame Montiel. A cualquier comida mi papá le sumaba el pan judío, *pain Azyme* o *matzah*. Y a veces sólo comía eso con mermelada de naranja.

Esa situación duró varios meses. Mamá estudiaba literatura a los treinta y siete años. Tenía pocas canas, cuatro hijos, dos idiomas. Era la segunda vez que quería estudiar algo en su vida. **14. La literatura latinoamericana**

Detrás de ese título pretencioso se esconde solamente la intención de contar la vida cotidiana de mamá en la Sorbonne. Mamá había vuelto a ser María, una relativamente joven argentina, que vivía en un monoambiente de dieciocho metros cuadrados en el barrio chino, también conocido como el barrio trece. En ese barrio vivía también Houellebecq, pero no era tan conocido todavía.

Ella siempre supo cómo hacerse amigos, era muy charlatana y muy generosa con los demás. Así que en París se sentía como un pez en el agua. Se había inscripto en muchas materias para avanzar rápido en el estudio y soñaba con ser reconocida por alguno de sus profesores para empezar a trabajar de traductora o intérprete. Ese era su objetivo principal. No quería ser escritora, como varios de sus compañeros, ni ser investigadora de literatura latinoamericana. Ella quería ser útil con lo que había aprendido a hacer en estos últimos años: vivir en dos idiomas.

El camino de la revelación no es un camino fácil. María trabajaba duro para hacerse ver. Las primeras semanas en París se las pasó encerrada leyendo y tomando apuntes en su caja de zapatos. Disfrutaba esa nueva soledad sin sus hijos y su marido. Además, era una soledad relativa porque estaba acompañada por la literatura. De a poco su soledad también fue acompañada por nuevos amigos de la Sorbonne. Estaba Mikael, un estudiante australiano de veintitrés años enamorado de París y de Latinoamérica. Mikael escapaba al cliché del surfer australiano hippie y buena onda. Era joven, cierto, pero ya era un hombre. Profundo y conquistador y fan de Nick Cave. De a poco le agarraba la mano a mamá para llevarla a un mundo de oscuridad con mucha luz.

También acompañó su soledad parisina la vecina china Chan Taki, una joven de diecinueve años que tenía otra caja de zapatos al lado de la de mamá. No hablaba muy bien francés, estaba haciendo un curso de nivelación en la Sorbonne para poder emprender estudios de psicología. Era oriunda de Hong Kong y tranquilamente podría haber ido a estudiar a Londres en vez de París, pues manejaba el inglés perfectamente. En francés se le patinaban el masculino y el femenino y confundía el presente con el futuro. A María le tocaba el timbre para pedirle ayuda con la relectura de sus trabajos escritos en francés. Mamá la leía con ganas. A ella siempre le gustó mucho tener vecinos y ser útil. A veces pienso que mamá estaba menos sola en París que en casa con su familia. Eso confirma mi prejuicio de que las casas grandes son criaderos de soledades.

María hizo muchos esfuerzos para tener buenas notas en la Sorbonne, pero no le resultaba fácil. Lo que más le costaba era el francés. Había estudiado ese idioma en un campo de refugiados del ACNUR, bajo la nieve, en una provincia francesa al lado de Suiza. Para ella el idioma escrito seguía siendo un *parcours* lleno de obstáculos (los acentos y las preposiciones) y el hispanismo se le pegaba a la lengua sin que pudiera darse cuenta.

Para perfeccionar su francés, dejó de lado sus casetes de Julio Iglesias y empezó a comprar CDs de Françoise Hardy. Le gustaba mucho una canción de 1962: “Le temps de l’amour”. El tiempo del amor. *C’est le temps de l’amour, le temps des copains et de l’aventure*. Es el momento del amor, de los amigos y de la aventura. *Quand le vent va et vient, on ne pense à rien malgré ses blessures*. Cuando el viento va y viene, no pensás en nada a pesar de las heridas. *Car le temps de l’amour c’est long et c’est court, ça dure toujours, on s’en souvient*. Porque el momento del amor es largo y corto y dura para siempre, en el recuerdo.

El primer parcial domiciliario de María no fue bueno. Ella entendía a Borges perfectamente, pero sus textos en francés estaban llenos de pequeños errores. A ella no se lo había corregido nadie. Podría haberle pedido a mi hermano que lo revisara, pero nunca se le ocurrió. Eran muy estrictos en la

Sorbonne, incluso con los extranjeros. A Mikael le había ido bien. Era la inversa de mamá. A él le costaba entender a Borges pero hablaba perfectamente francés porque había ido al colegio francés de Sídney toda la vida. A la salida de la clase se dio cuenta de que mamá tenía mucha cara de culo. Entonces le dijo de ir a comer sushis en la rue Monsieur le Prince, que quedaba a unos cinco minutos caminando de la facultad.

María nunca había probado los sushis. Aceptó. Mikael sabía de la existencia de nosotros, en los suburbios. Mamá no escondía eso. A él le intrigaba otra cosa, quería saber cómo mamá había llegado a Francia la primera vez. Eso María se lo escondía a todo el mundo. Cuando probó el sushi de salmón se enamoró del gusto rosa del pescado y la textura fibrosa que se derrite con la saliva más que con los dientes. No le dio mucha información a Mikael. Hablaron de cosas aburridas como la gramática y la vida de Borges. Mikael le contó a María de su vida en Sídney y las razones por las que había querido irse a París. Se hizo tarde y tomaron el mismo subte línea 10, ahí combinaron con la 5 y llegaron a Place d'Italie. Mikael se bajó del subte con María. Siguieron caminando juntos hasta la torre llena de cajas de zapatos donde vivía ella. Subieron como si nada. Ese fin de semana mamá no vino a casa. Dijo que tenía mucho trabajo y que tenía que recuperar una mala nota. Yo le dije que las malas notas no tenían que impedirle hacer su vida y tener a su familia. Ella no quiso saber nada de mis consejos. **15. Mascota**

En su caja de zapatos, mamá retomaba su adolescencia tal como la había dejado en Argentina mientras en casa se fisuraba el orden de las cosas. ¡Pobre papá! Él que tenía organizada su casa como un batallón militar y ahora las tropas estaban rebeldes. La propia Mascota había empezado su rebeldía. El living se había mudado a una habitación vacía del segundo piso y se había convertido en la pieza en la que más tiempo pasábamos. Ahí estaba la tele. Ya no andábamos más por el living de mármol con las bibliotecas llenas de libros. Nos habíamos entregado a las telenovelas y a mirar los *Gremlins* varias veces por mes.

Tampoco usábamos más la bañadera del primer piso. Nos bañábamos en la ducha al lado del garaje donde se había ahorcado el primer

dueño de la casa. A la noche nos pasábamos todos a la habitación de papá. Tanto es así que en un momento legalizamos el estado de sitio y pusimos nuestros colchones en el piso al lado de su cama.

El jardín estaba lleno de hierbas salvajes que tomaban el poder sobre la casa y sobre nosotros. Para intentar fomentar el orden y la unión familiar de nuevo, papá decidió cortar la calefacción en pleno invierno y que nos ocupáramos, solos, de alimentar la chimenea. ¡Pero quedaba poca madera!

Unos años atrás, él había organizado el abastecimiento de madera para la chimenea comprando troncos que había hecho traer desde el bosque a nuestra casa en un camión. Ahí se había instalado durante varios días Monsieur Moreau a cortar los troncos en el jardín. Todos habíamos colaborado en aquel entonces para llevar esos pedazos de madera al garaje, donde los apilamos a lo largo de la pared.

El problema era que esos trozos de madera se habían agotado, y papá también. Mi hermano tomó el liderazgo de la misión y llamó a Moreau para preguntarle dónde comprar troncos. Moreau nos dio una mano grande, dijo que se iba a encargar de eso y que los llevaría a casa. Después iba a venir a ayudarnos a cortar. Había que apurarse porque era octubre y el frío se hacía sentir. Los inviernos eran feroces en los suburbios, entre la nieve que abundaba de diciembre a marzo y el hielo que nos hacía resbalar en el camino al colegio. Y sin embargo, papá nos dejaría morir de frío para enseñarnos la disciplina si le parecía necesario. No hay nada peor que un revolucionario con el corazón roto. Con esa tarea nos ponía a prueba la lealtad. Él se iba a trabajar y nos dejaba con la misión. No nos preguntaba cómo andábamos con eso. Estábamos en plena guerra fría y no había comunicación entre nosotros.

A la semana llegó el camión con los troncos, y Moreau junto con sus hijos y otro señor los bajaron de ahí y los dejaron en el jardín. Después trajeron las herramientas para cortarlos. Duró una semana el proceso. A la salida del colegio ayudábamos todos a entrar la madera al garaje. Todavía tenía que secarse para poder ser usada lo antes posible en la chimenea. El último día, Moreau trajo a su mujer y a su hija. La chiquita pretendía jugar conmigo. Yo estaba trabajando, no podía jugar. Quería ganarme el derecho a tener calefacción. Esa tarea me había insuflado un impulso de disciplina enorme. Con esto había terminado para siempre la inocencia de la niñez. Había entendido que, en la casa de papá, sólo había lugar para los que trabajan. Y por eso mamá se había ido, porque necesitaba un sabático.

Esta tarea nos dejó agotados. Hasta Madame Montiel se agotó de nosotros. Una mañana llegó, dejó las llaves de casa sobre la mesa de la cocina y dijo “Renuncio”. Yo le dije a papá que yo ya era grande y que podía ayudar en las tareas del hogar. A partir de entonces íbamos a ayudar todos, salvo mi hermanita más chica que todavía podía beneficiarse de los privilegios de los niños. **16. El cumple de mamá**

Todos teníamos mucha expectativa con esa celebración. Era una chance de demostrarle que la queríamos mucho y que si volvía a casa íbamos a ayudar un poco más que antes. El clima entre nosotros y papá se había apaciguado y, hasta que se terminara de secar la madera apilada y la pudiéramos por fin usar para prender el fuego, él había vuelto a prender la calefacción en la casa.

Mamá llegó el sábado a la mañana. Era su cumple, pero traía regalos para todos. A mi hermana más chica le regaló un rompecabezas de la Torre Eiffel. A mi hermano Evaristo, un libro de Víctor Hugo. Ya teníamos una biblioteca llena de libros de ese autor. Para nosotros era un dios venerado al que todos habíamos sido obligados a leer antes de ir a dormir. Yo no entendía el regalo de mamá, pero mi hermano igual se puso contento. A Eva, mi hermana mayor, le regaló una minifalda negra con una remera rayada azul y blanca. A mí me trajo un par de zapatillas grises con amarillo fluo que me quedaban grandes. Mamá siempre me vio más grande de lo que era. Y la abuela Rosita también. Con sus anteojos con aumento veía a todo el mundo así. “Estás más gorda vos”, me decía cada vez que la íbamos a visitar. Mamá me vio más grande, no más gorda.

A diferencia de antes, ella ya no se instalaba en la cocina cuando llegaba. Iba directo al living, que ahora se había mudado al segundo piso. Ahí desparramaba sus cosas. Y a la noche dormía en la habitación de papá. Por eso nosotros dormíamos en nuestras habitaciones cuando ella estaba en casa.

A las cuatro de la tarde empezamos los festejos. Éramos sólo nosotros, no se había invitado a nadie más. En las paredes habíamos pegado banderas de feliz cumple y guirnaldas. En Francia no se usan los pasacalles, si no hubiésemos hecho uno gigante en la entrada de la calle para decir: “Mamá, feliz cumple, volvé, nos vamos a portar bien”.

Como le gustaba mucho la ropa le regalamos mucha. Un vestido, una bufanda, una blusa y unos zapatos que nos habían salido un ojo de la cara. A eso papá le sumó un libro de Georges Bataille y el ultimo CD de Julio Iglesias. Mamá se puso a llorar cuando vio el CD. Mi hermana

más chica le dio un abrazo. Los demás nos hicimos los boludos. Bien conocíamos esa palabra argentina, “boludo”.

A la noche fuimos a comer a un restaurant especial, sólo con pescados fritos. Lo había elegido y reservado papá. Estábamos todos. Parecíamos una familia de nuevo. No sé cómo tienen que funcionar las familias. La noche se desarrolló sin incidentes mayores. Como siempre, tiré un vaso de agua sobre el mantel rosa-bebé que tapaba la mesa de plástico que nos habían asignado en el patio cerrado del bodegón. Tuvieron que sacar el mantel y poner otro del mismo color. Pero nadie se enojó de mi torpeza, que pasó, esta vez, bastante desapercibida.

Cuando llegó el momento de pagar, la moza que se había ocupado de nuestra mesa y había cambiado el mantel, la que nos había traído la cuenta y ahora devolvía la tarjeta de débito, se le acercó a papá y lo abrazó por atrás. Todos nos quedamos inmovilizados. Se fijó el tiempo. Mamá cumplió treinta y ocho años sobre mesas de plástico y fue el último cumpleaños que festejó con nosotros, porque tras la vuelta a casa empezó una larga noche de silencio aplastante: la noche del divorcio. ¿Papá se había equivocado o lo había hecho a propósito para vengarse de la reciente independencia de mamá? ¡No podés presentarle tu amante a tu mujer! Nosotros a Mikael lo conocimos mucho más tarde. **17. El divorcio de María y Juan**

Cuando mamá se fue, el domingo después de su cumple, papá no se hizo más el canchero. Se quedó sentado en el sillón delante de la tele, durante horas, mirando al vacío. La televisión estaba apagada. Mi hermano nos había reunido a todas sus hermanas en una cumbre especial en su habitación, para hablar de la situación y leer pasajes de Víctor Hugo como si fuese un libro de autoayuda. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Íbamos a quedarnos con papa? ¿Íbamos a ir a vivir a París con mamá? A mí me gustaba mucho la idea de ir a vivir a París porque iba a poder dormir mejor que en esa casa llena de fantasmas. Mis otros hermanos querían quedarse en la casa, sobre todo mi hermana más chica que era la que estaba más apegada al jardín y a la hamaca. Si hacía falta un voluntario para irse con mamá, yo me ofrecía. ¿Podíamos negociar eso entre nosotros?

Pero la realidad fue muy diferente a lo que tenía planeado. Después de varios días de apatía y falta de comunicación, papá quiso hablar con nosotros. Dijo: “Esto es un divorcio. Vamos a ir a la justicia. Mamá se quiere ir a vivir a Australia y quiere llevarse a Eliana con ella”. Para nosotros fue un balde de agua fría sobre la cabeza, seguido por una lluvia fría y un largo invierno con ropa de verano. Yo había escuchado

hablar de la justicia en los libros de Víctor Hugo pero no sabía cómo iba a funcionar el tema en la sociedad de hoy. Ya no había pena de muerte: ¿quién iba a condenar a quién en esta causa? Eliana se puso a llorar. Ella no quería irse de la casa pero quería ver a mamá. Ella no quería irse a otro país. Mi sueño era justamente irme a Australia, el país del que no hablan nunca en el noticiero. Pero sobre todo no queríamos separarnos, los hermanos. Había un cartel que lo decía bien claro pegado en la pared del living: los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera, tengan unión verdadera, en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos se pelean, los devoran los de afuera. Quería entender quiénes eran los de afuera que nos querían devorar. Mamá llamó por teléfono y pidió hablar con cada uno de nosotros. Su plan era desdramatizar la situación. Todo era una transición, todo era temporario. Era una cosa de grandes, nosotros teníamos que confiar y obedecer.

¿Obedecer? Yo también empezaba mi adolescencia, no iba a obedecer a nadie. Por unos días dejé de comer, pero mi huelga de hambre pasaba muy desapercibida en La Mascota y volví a comer las omelettes de mi hermano rápidamente. Morir de inanición no iba a resolver nada. Papá contrató a un abogado y mamá a otro. Las cosas estaban claras: había que dejar a los cuatro hijos juntos y si ella se iba a Australia nos perdía. Después había matices: si mamá me quería llevar a Australia para las vacaciones, yo iba con ella. Pero no me quería llevar a mí, porque me veía muy grande. Ella se quería llevar a la más chiquita. Pero mi hermana Eliana vivía atada a la hamaca en el jardín. Si hubiéramos tenido cadenas de hierro, ella se hubiese encadenado ahí para que la dejaran terminar su infancia en paz.

Mamá era una desarraigada desde que se había ido de Argentina. Para ella Australia, París o los suburbios eran lo mismo. No había vuelto a plantarse nunca más después del exilio. El ritual del ginkgo había sido poco para echar raíces. A lo mejor tendría que haber probado comer tierra del jardín. Dicen que para resolver un exilio doloroso es una solución mágica. Tragar tierra.

En casa, papá no hacía propaganda contra mamá. No lo necesitaba. Ya estábamos todos muy enojados con ella. Era como si nos hubiéramos olvidado de que la guerra se había iniciado a raíz del abrazo de la otra bicha. Por fin, llegó el día de ir a hablar con el juez de familia. Era una mujer con el pelo negro y una trenza. Hablamos mi hermana más chica y yo. No recuerdo qué le dije, la justicia me dejó muy amnésica. La jueza decidió que mamá se tenía que ir sola a Australia. **18. La despedida**

Fuimos los cuatro hermanos en la RER B hasta París. La belleza de la ciudad contrastaba con lo feo de la situación. Nosotros sabíamos que no había vuelta atrás a este fin de semana en París. Hubiésemos querido ser turistas y mirar los techos de París desde el Sacré Coeur, con el corazón liviano del que sabe de vacaciones.

En este fin de semana de despedida con mamá nos pasamos al otro mundo, el de las hierbas salvajes. Hicimos sólo cosas lindas: fuimos al Pompidou, comimos crêpes. Mamá nos hizo probar los sushis de la Rue Monsieur Le Prince, fuimos a comprar ropa. Nos compraba ropa que nos quedaba grande, por si crecíamos y ella no estaba. Fuimos al cine en 3D de la Géode. Dormimos todos juntos en la misma pieza. Yo soñé que mamá se iba a Australia y la comía un cocodrilo. Me desperté llorando y me volví a dormir.

Mamá no hizo muchos discursos ni dio muchas explicaciones. Su frase favorita era "Vas a entender cuando seas madre". Aunque a mi hermano no le decía que iba a ser madre, le decía que él ya sabía cómo eran las cosas. Mamá decía que se iba un tiempo pero que iba a volver. No sabía cuándo exactamente. La justicia había sido muy mala con ella. Abandono de hogar, le habían dicho. Y ella, como para darle la razón a la justicia, había decidido abandonar el país.

En el viaje de regreso a los suburbios decidí que mamá se había muerto. Sabía que tenía que estar triste por el duelo, pero a partir de ahora no tenía más madre. Ella se había ido, yo la había matado. A la noche repetía los rezos que me había enseñado la abuela Rosita para pedirle al Señor que me ayudase a olvidar a mamá. **19. Olvidarla**

Julio Iglesias era mi enemigo número uno para olvidar a mamá. En esa época aparecía en la tele seguido o se escuchaban sus canciones en la radio. Al principio apagaba la tele cuando aparecía hasta que un día me avivé. Puse un CD y después otro y después otro. Quise escuchar cuáles eran las palabras subversivas que habían cambiado a mamá. "Soy de aquellos que sueñan con la libertad. Soy de aquellos que viven buscando un lugar. Soy Quijote de un tiempo que no tiene edad. Te miré de pronto y te empecé a querer, sin imaginar que podía perder. Me embrujaste al verte y tus ojos verdes le pusieron trampas a mi corazón. Tropecé de nuevo y con la misma piedra. Me va, me va, me va, me va la vida, me va la fiesta de ahí, de allá. Soñar contigo y haber nacido para cantar. Me gustan las mujeres y me gusta el vino. Y si tengo que olvidarlas, las olvido. A veces sí, a veces no, lo dices tú, lo digo yo, palabras sin ningún valor, pequeñas cosas del amor. Siempre hay por quién sufrir y a quién amar. Al final las obras quedan, la gente se va, otras que vienen las continuarán, la vida sigue igual".

Había que curar el mal con el mal. A la noche, para dormirme, mantenía una conversación telepática con Julio.

—¿Mamá va a volver?

—No –me contestaba Julio–. Pero la vida sigue igual.

Hablábamos también del amor y de las fiestas. Yo estaba enamorada de un chico de mi colegio al que le gustaban mucho las fiestas. A mí también me gustaban mucho, pero me dejaban salir poco de noche. Le preguntaba a Julio qué tenía que hacer después del colegio. Él había estudiado derecho y recién después de un accidente de auto en el que había resultado gravemente herido había aprendido a cantar. Julio no me decía lo que tenía que hacer, me contaba lo que había hecho él. Yo era libre de decidir. O casi. Mi segundo enemigo para olvidar a mamá era la casa, "La Mascota". Ahí estaba ella en todos los rincones. Si antes odiaba esa casa, con la partida de mamá estar se tornó irrespirable.

Me apuraba para terminar la secundaria e irme a París yo también. Con papá nos empezamos a pelear mucho. Me había agarrado una confusión de roles. No entendía si hacía las cosas en lugar de mamá o si hacía las cosas porque había que hacerlas. Tampoco entendía, cuando papá me decía de hacer las cosas, en calidad de qué lo tenía que hacer. Por ejemplo, yo lavaba los platos después de comer. Y cuando no lo hacía papá me lo recriminaba. Empecé a sospechar que papá era machista y que si me decía de lavar los platos era porque era mi rol como mujer más que como hija. Entramos todos en un nuevo juego del que no teníamos las reglas ni las cartas. En ese terreno movedizo, Eliana empezó a enfermarse. **20. Las manchas**

Mi hermana era la más linda de la familia, según los criterios de mamá, porque era rubia, con ojos azules y la piel blanca. Había que verla a ella, así, acostada en la cama, mirando el techo sin decir nada y la piel llena de manchas marrones. A papá le tocaba como médico en primera línea. Le dio de todo para que mejore, pero a Eliana no se le iban las manchas marrones. Mamá también se enteró y mandó desde Australia un montón de consejos y reproches a papá. Después mandó un paquete con remedios naturales: una crema de palta, un jabón violeta con olor a ajo y lavanda.

No había nada que hacer. Las manchas invadían su piel y mi hermana no quería salir más de casa. No quedó otra que mandarla al psicólogo. Papá, para ese entonces, estaba en contra de la psicología y le eligió un psiquiatra. Mientras fuera médico iba a estar mejor. No se podía

confiar en todos esos charlatanes de la mente que te manipulan y te hacen creer que el inconsciente tiene poderes. Según él, todos necesitamos una muletilla de vez en cuando, pero tiene que ser farmacéutica.

Con Eliana no funcionaban los medicamentos y a medida que pasaban los días ella caía en la angustia y el miedo de no poder regresar a su color de piel original. El psiquiatra que la atendió esperó varias sesiones antes de darle medicación. Para él, el diagnóstico era simple: Eliana se llenaba de manchas marrones horribles en su piel perfecta para dejar de ser la hija de mamá. Para acelerar la sanación de mi hermana, proponía que fuéramos a terapia familiar los que quedábamos en Francia. O sea, todos menos mamá.

Si hubiese sugerido ir a ver a una bruja judía de Europa del Este hubiera sido más fácil de aceptar para papá. Él no se quería acercar a un psicólogo bajo ningún pretexto. Tuvimos que negociar. Mi hermano prometió no hablar de ciertas cosas, mi hermana más grande también. Yo prometí estudiar en el colegio la carrera que quería si mi hermana se mejoraba rápido. Cedió.

Fuimos en auto. Los psicólogos de familia estaban en una casa antigua al borde de un río. La psicóloga jefa era una mujer mayor de unos sesenta años. Su asistente era un hombre de unos cuarenta, con el pelo largo rubio y con rulos y barba. Parecía Astérix. Había sillones y sillas. Papá se sentó en una silla. Enfrente se sentó mi hermano, en un sillón de una plaza. Y las tres mujeres nos sentamos en el sillón entre los dos. Delante nuestro, con sus miradas que escanean la mente, estaban los psicólogos.

Fueron rápidos en darse cuenta de que a los hijos nos faltaba un pedazo de la historia. La primera pregunta fue por mamá, a dónde se había ido. A Australia fue la respuesta. La segunda pregunta fue de dónde veníamos nosotros. De los suburbios, les contestamos. Pero querían saber más atrás. Querían saber dónde habíamos nacido todos y por qué papá y mamá se habían ido de Argentina.

Y ahí los hijos nos reímos todos. Porque era obvio que papá tampoco se lo iba a contar a los psicólogos. Si ellos lograban eso, eran más fuertes que cualquier bruja judía de Europa del Este. Papá bajó la cabeza y no dijo nada.

La psicóloga jefa nos explicó que todos los hijos teníamos un rol en las familias. Que el primer hijo era el hijo de la madre; el segundo, el del padre; el tercero, el de la pareja; y el cuarto, el que reúne a toda la

familia. Mi hermana Eliana nos había reunido a todos en terapia.

La psicóloga hizo una pregunta más. Esa sesión era peor que un interrogatorio de la policía migratoria. Nosotros no sabíamos que iba a funcionar así. Ella preguntó cuántos partos naturales y por cesárea había tenido mi mamá. Papá contestó inmediatamente: dos partos naturales y tres por cesárea.

Yo me enojé y le dije a papá que volviera a contar, que eso eran cinco partos y nosotros éramos sólo cuatro. Papa volvió a repetir: dos partos naturales y tres por cesárea. Papá cortó el silencio glacial que se hizo después de esto y contó, sin levantar la cabeza, que cuando mamá llegó a Francia estaba embarazada. No podía ser de él porque él en esa época había estado en la cárcel. Fue a partir de ahí que empezó a morir el silencio en nuestra familia. Había crecido mucho, era un silencio viejo, casi un silencio maduro, de treinta años.

Mis hermanos mayores dijeron que ellos ya habían escuchado hablar de esa circunstancia pero tampoco sabían qué había pasado con mamá. Yo pregunté dónde estaba mi hermano. Me dijeron que había muerto en la panza antes de nacer y que mamá había tenido que dar a luz a un bebé muerto.

Así se cerró la sesión de terapia. Volvimos en el auto en silencio. Cuando llegué a “La Mascota” puse Julio Iglesias a todo volumen. Mi hermana tenía ataques de manchas en la piel y yo tenía ataques bíblicos en los que Julio Iglesias era la voz de Dios. Mamá seguía muerta en Australia y yo no sabía cómo contactarla para preguntarle de quién era mi otro hermano. Porque era un hermano, de eso estoy segura.

La sesión de terapia había ayudado a calentar el clima en casa. Después de eso, Eliana aceptó milagrosamente volver al colegio a pesar de las manchas. Ella les decía a sus compañeros que era una alergia muy grande a una nueva mascota que teníamos y que ya se le iba a pasar con las cremas que tenía que usar.

Pasaron meses y seguimos yendo a ver a los psicólogos. En casa les decíamos Astérix y Obélix porque la psicóloga jefa era bastante gorda. Obélix no puede tomar poción mágica porque cayó en la olla donde se prepara la poción cuando era chico y eso le dio poderes para siempre. Yo sentía que de a poco recuperábamos nuestra olla de poción mágica cuando hablábamos con Astérix y Obélix. Papá era el que menos hablaba, pero a él todo le pasaba por dentro. Empezaba a descongelarse. **21. El descongelamiento de papá**

El descongelamiento de papá se aceleró cuando recibió la primera carta de mamá desde Sídney. No sé si es que en la carta pudo sentir todo el sol australiano, seguramente el mismo que le había descongelado el corazón a mamá. No sabemos lo que le decía María en esa carta, pero al poco tiempo lo sorprendí leyendo un libro sobre la revolución cubana. Otro día, compró un CD de Mercedes Sosa. Y, sobre todo, un día se sacó un pasaje para irse solo a Buenos Aires.

Era la primera vez que viajaba solo. Fueron dos semanas nomás. A su regreso nos peleamos mucho porque yo recién estaba terminando la secundaria y me quería inscribir en la facultad de Letras para estudiar la misma carrera que mamá. Pero Juan no quería saber nada con las palabras y yo necesitaba su aprobación para casi todo. Estuvimos dos semanas sin hablarnos. Yo lavaba los platos (mi misión en casa) y seguía sus órdenes en todo, pero no lo miraba más a los ojos, ni le contestaba a nada que me dijera. El método del silencio me lo había enseñado él, porque es una forma más de comunicar, no se podía quejar ahora. Era la guerra entre nosotros. Estaba tan enojada que decidí faltar a la sesión de terapia familiar. Me quedé sola en casa mientras iban todos a hablar con Astérix y Obélix del viaje de papá. Yo tenía la olla llena de poción mágica, quería irme de "La Mascota" lo más pronto posible.

Al día siguiente de la sesión de terapia, estaba preparando el almuerzo cuando papá me vino a buscar. Me dijo que me llevaba a McDonald's. Era nuestro punto en común en la depresión, así que acepté. Con la luz asesina del local que quedaba al lado de la rotonda para subir a la autopista hacia París, entre dos papas fritas, me dijo: "Yo nunca canté bajo la tortura". ¿Cantar? ¿Quién te crees que sos, papá, Julio Iglesias? No entendía el significado de la palabra *cantar*, pero asociada a tortura no inspiraba nada bueno.

Me quedé helada. ¿Por qué todas las batallas las tenía que ganar él? Yo sabía que con su confesión estaba comprando mi docilidad y creo que eso me daba ganas de llorar, porque lo demás no lo entendía. Entonces me quedé inmóvil y volvió a repetir. "Yo nunca hablé bajo la tortura". No dije nada. Debe ser horrible contar un secreto y que no te contesten. No sabía qué decir. La revolución había sido torturada, pero en los suburbios no se hablaba de esto. Yo sabía lo que me enseñaban las canciones nomás, internet era muy reciente.

Volvimos en silencio a casa, pero era otro silencio. Esa noche no dormí. Entendía que papá me estaba diciendo algo importante, pero no estaba segura de qué. Años después me cayó la ficha. El secreto que papá recién revelaba no era sólo la tortura, como pensaba yo en ese

momento, era su militancia. Él no había dicho “me torturaron”, había dicho “no canté bajo la tortura”. Eso quería decir que sabía a quién cantar, que sabía cosas, que militaba. Yo entendía las palabras pero no entendía lo que significaba no hablar.

Temía que esta revelación fueran sus últimas palabras y que se entregara ahí mismo, en la casa de los suicidas, a la muerte. En serio, hasta ese momento pensaba que el sentido de la vida podía ser guardar un secreto. Por eso respetaba tanto el silencio. Escuchando sus ronquidos corroboraba que respiraba.

Pero ahora ¿qué tenía que hacer yo con eso? Tampoco se lo podía contar a nadie. Esperaría la próxima sesión de terapia. ¿O ya lo había contado en terapia? ¿Era la sesión que yo me había perdido?

No hubo más sesiones de terapia familiar después de esto, a pedido de mi hermana Eliana. Eran muchos secretos revelados en un par de meses. Las manchas de su piel ya habían empezado a desaparecer. Ella decía que no necesitaba escuchar nada más. Yo sentía que tampoco quería saber nada más. Sobre todo, había llegado mi momento de libertad.

Podía elegir qué hacer cuando fuera grande y volví a mi plan B. Respeté la prohibición de papá de estudiar Letras en la Sorbonne, pero me escapé igual a París y empecé a estudiar Derecho. No sabía si iba a tener que defender a los violadores, como decía Edwige, yo necesitaba saldar mi pequeña deuda con la jueza con trenza negra que había alejado a mamá de nosotros. Todo se puede negociar, ¿por qué no habíamos podido negociar con la justicia? **22. Lesa humanidad**

Hay muchas facultades de Derecho en París, pero había elegido una que quedaba al lado del Panthéon por una cuestión de comodidad de subtes nomás. Los grandes hombres de la patria habían subido las escaleras del Panthéon en su cajón funerario, como fue el caso de Víctor Hugo, tan querido en mi casa, pero yo nunca pensaba en eso cuando iba a la facultad.

Todos esos años en París viví en un dos ambientes detrás de la estación de tren de Montparnasse. A veces sola y a veces acompañada. Trabajaba en la parte administrativa de la universidad y también cuidaba niños. La vida parisina es áspera para los que no son turistas, pero París es la ciudad luz. Queda iluminada toda la noche y mantiene así alejados a los fantasmas y vampiros.

En la facultad me iba bien. Tenía facilidades y con eso alcanzaba para

promocionar las materias. Nunca busqué la excelencia, sólo me interesaba zafar. Ponía un poco más de empeño cuando me enamoraba del profesor nomás. Me pasó dos veces y fueron dos materias que promocioné con la mejor nota de la clase. La primera, un profesor que usaba trajes con zapatillas Adidas rojas y enseñaba las organizaciones internacionales, como la Cruz Roja internacional, la ONU, la UNESCO. La segunda, un joven doctor recién separado. Digo recién separado porque le miraba todo, hasta los dedos de la mano. Así fue que un día me di cuenta de que había dejado de usar un anillo de oro. Enseñaba derecho internacional y acababa de publicar su tesis de doctorado bajo el título: *Los Crímenes de Lesa Humanidad*. Ambos profesores eran muy altos y nunca me dieron cabida. Lo explico principalmente por la timidez que me generaba tanta altura. Como no lograba hablar con la gente que admiraba sin tartamudear, había decidido no hablarles. Deben haber pensado que era muda.

Un día la profesora de economía nos explicó cuál era el sentido de la vida: encontrar otro planeta habitable, porque estaban destruyendo el nuestro. Destruir y huir era el sentido de la vida de la humanidad, no un sentido de la vida individual de cada uno. Igual, a mí me sirvió para alivianar un poco el cotidiano y para revindicar las huidas como formas de hacerse cargo del sentido de la vida.

Mientras tanto, papá seguía su proceso de descongelación que lo iba a llevar a recuperar la reivindicación de sus ideales de militante revolucionario. Mamá seguía su ausencia desde Australia. Mis hermanos y yo tratábamos de dejarnos vivir. **23. Mi salida del freezer**

Un día me di cuenta de que no sabía quiénes eran mis padres y eso me llevaba a dudar de quién era yo. Fue de golpe. Como un descongelamiento mío. Fue después de conocer a una chica uruguaya en una clase de justicia internacional en la facultad. El azar nos había sentado al lado y el profesor nos había pedido ponernos de a dos para hacer un trabajo de presentación. Cuando le pregunté si quería trabajar conmigo, sacó su agenda y empezó a explicarme que febrero era un mes complicado para organizar encuentros. Estaba con la preparación de la conmemoración del golpe de Estado en Argentina. No entendí lo que estaba diciendo. “¿Hubo un golpe de Estado en Argentina?”, le pregunté, pensando que había habido uno recientemente. Me dijo que no, que había sido hacía treinta años, el 24 de marzo, pero que ahora se conmemoraba y ella, como uruguaya, era parte del comité organizativo de la conmemoración que se iba a hacer en París para esa fecha. Iba a ser un evento muy grande, de muchos días, y el clímax iba a ser un recital de piano en el Hôtel de

Ville, el mismo 24. Las cosas importantes se dicen de un tirón como se saca una curita. Ese tirón me había dejado un poco pálida. La uruguaya se dio cuenta. Caminamos juntas hasta la entrada del edificio mientras ella me contaba qué la había llevado a París. Era por amor a otro uruguayo hijo de exiliados. La historia argentina me había ido a buscar hasta los bancos de la facultad.

Ese día, la uruguaya y yo nos sentamos en las escaleras frías de la entrada del Panthéon. Era invierno todavía. Usábamos guantes para que no se nos congelaran las manos. Eran las cinco de la tarde y ya había anochecido. La torre Eiffel iluminaba la ciudad con su luz giratoria. La torre es para mí una diosa del acero y a veces le rezo cuando necesito ver algunas cosas con un poco de distancia. Nunca puedo dejar de mirarla como una turista. Su historia me fascina. No fue construida para quedarse, iba a estar de paso en París. Me generó confianza la situación y le conté a la uruguaya el secreto de mi papá. Al lado nuestro pasaban las palomas buscando migas y atrás los turistas chinos se sacaban fotos con flash.

La uruguaya me ofreció acompañar a los uruguayos a la conmemoración del 24 de marzo en el Hôtel de Ville. "¿Hay que ir bien vestida?", pregunté. "Sí", me contestó. Ella me iba a poner en la lista de invitados. **24. Mi primer 24 de marzo**

El 24 de marzo de 2006 no hacía mucho frío en París. La primavera estaba haciendo su trabajo. Había pasado varios días buscando ropa de conmemoración de golpe de Estado, no sabía si quería algo de color rojo para estar a tono con la izquierda, algo blanco para estar a tono con la paz mundial, algo rayado para sentirme francesa, algo gris para recordar la oscuridad de las dictaduras. Algo verde militar seguro que no. Al final, me puse un vestido negro como de velorio. Pensaba en los recitales de piano que me obligaban a hacer en la escuela de música. ¿Quién iba a ser el músico? ¿Iba a ir también con una remera del Che Guevara? Tenía la esperanza de que hubiera alguien tocando la armónica para sentirme menos sola. Tenía la esperanza de que entre los invitados estuviera Bob Dylan cantando "All the Tired Horses". Pero no estaba Bob. Sólo estaban los caballos cansados. La mayoría de los invitados eran argentinos exiliados, personalidades de la política de la ciudad de París y los uruguayos con su grupo llamado "¿Dónde están?". Pensé que éramos los últimos en entrar pero aparecieron dos personas más cuando ya había empezado el recital. Un hombre grande de la edad de mi padre y un niño de unos doce años. Las conmemoraciones son aptas para todo público, pensé, y me dolió ese pensamiento.

A lo mejor el recital de piano fue muy bueno, a lo mejor tocaron una música increíble, a lo mejor tocaron temas alegres o tocaron tango. Yo no me acuerdo de nada. Sólo de las filas de sillas y del piano grande negro. Seguramente hubo un discurso. Yo no recuerdo absolutamente ningún sonido de esa conmemoración. Ese 24 de marzo de 2006 aprendí algo nuevo sobre mí: los temas de la dictadura me daban sordera.

Mi amiga uruguaya, porque para esa época había pasado a ser mi amiga, me dijo que había otro evento al día siguiente en la embajada. La conmemoración iba a ser toda la semana. El 24 de marzo de 2006 iba a durar varios días en París. No quise ir a la proyección de las películas *La noche de los lápices*, *Garage Olimpo*… Yo para tortura tenía suficiente con el secreto de papá. No sabía que todos los años iban a hacer lo mismo, proyectar las mismas películas y que si quería, en el futuro, iba a poder verlas, pero igual dejé pasar esa oportunidad.

Sólo fui a la proyección de un corto que hablaba de un secuestro y que me dejó sin dormir durante una semana. Habían sido quince minutos nomás y me habían sacado toda la tranquilidad de los sueños que París había logrado traerme. El día del cortometraje conocí a una chica chilena. Era hija de una sobreviviente de la dictadura en Chile, pero ella sabía toda la historia de su mamá porque le había contado todo desde el principio y con lujo de detalles. El día anterior yo me había caído en las escaleras del subte, bajando. Tenía la rodilla hinchada y me dolía estar mucho tiempo parada. La chilena insistía en contarme la historia de su mamá y yo en lo único que pensaba era en volver a mi casa a ponerme hielo en la rodilla. Una situación absurda: alguien hablando de la tortura de su madre y a mí me dolía la rodilla. A la chilena no le conté el secreto de papá. Terminé contándole mi caída en el subte y hablamos de las operaciones de rodillas y de lo difícil que es vivir del hip hop en Francia. La chilena vivía de eso. **25. La decisión**

Con las conmemoraciones inicié un viaje en el tiempo. Mientras iba avanzando en el presente, la historia empezaba a correr al revés. Llegué a retroceder a 1971, el año en la que mis padres se habían conocido. En ese tironeo con el tiempo, la única forma de salvarme, de no quedar atrapada en el limbo, era viajar hasta la Argentina y reencontrarme con ese pasado. Tuve la certeza de eso un año después, cuando el Ministerio de la Identidad Nacional francés, recientemente instaurado con la llegada de Sarkozy a la presidencia, promulgó un decreto que preveía que para pedir asilo en Francia había que saber hablar francés. Yo no sabía mucho de la historia de mis padres pero sí tenía la certeza de que ellos habían tenido que aprender el idioma una

vez allá, bajo la nieve. Es de las pocas cosas que contaba mi papá sobre esa época. Todo lo demás lo tenía que descubrir. Busqué un largo tiempo y por fin conseguí una pasantía en una asociación que trabajaba temas de dictadura y los recientemente reabiertos juicios de lesa humanidad. Me hice pasar por una europea que quería conocer el tercer mundo y sus dictaduras. También llevé un disfraz de detective en la valija.

En mi mochila tenía un diccionario para aprender el español. No era un idioma totalmente desconocido para mí. Había escuchado a mamá de vez en cuando y también a Julio Iglesias. Conocía la palabra “boludo” pero no entendía el significado de la expresión “la puta que te parió” a pesar de haberla escuchado de la boca de mi madre todas las veces que dejaba escapar al perro o cuando volcaba un vaso sobre la mesa. El español era un poco mi lengua materna y por eso me daba miedo. No sabía las consecuencias que podía tener esto para mí ya que, para ese momento, mamá seguía muerta en Australia. Sentía que aprender el español iba a ser como subir una montaña con los pies enyesados.

Segunda parte

10 de mayo de 2012

Hay dos lugares que me hacen llorar mucho: mi habitación y el sillón del living.

En la cocina estoy bastante tranquila. Hoy cociné empanadas de carne y no lloré. Cuando fui a mirar la tele con tres empanadas en el plato estallé en llanto. Me gustaría ser más fuerte, poder afrontar una derrota amorosa con más dignidad. "Los hombres argentinos son todos como tu papá". Me resuenan esas palabras de mamá. ¿Cómo voy a hacer para conocer a alguien en Argentina? Son todos argentinos, acá. Sufro de un Edipo no resuelto. Y cada vez que puedo sufrir, sufro, porque mi padre es judío y es de izquierda. La izquierda no quiere ganar, la izquierda quiere sufrir. **17 de mayo de 2012**

Mamá llama día por medio al teléfono fijo de casa y me pide que la vuelva a llamar.

Me va a salir muy caro el reencuentro con ella. Dice estar preocupada por mi estado anímico post ruptura. Insiste en que tengo que comer bien, sacar la basura, cortarme el pelo, comprar ropa nueva y tirar las sábanas viejas. Los consejos de mamá son los de una madre que ya se separó varias veces. Papá me llamó al trabajo hoy, pero no era por el tema de la separación. Era su descongelamiento. Nada que ver con nuestras primeras charlas de cuando llegué a Argentina y me trataba de convencer de volver. Todavía tengo anotadas las mejores provocaciones que me hizo: sos una pequeña burguesa, en Argentina te van a matar por diez pesos, si querés irte andate a Japón. Ahora me preguntaba por su juicio, si va a haber un juicio por los hechos del 75. Le dije que por ahora no, la justicia está atrasada con sus prioridades. Papá no puede entender que yo no pueda hacer nada acá desde la asociación. Le expliqué mil veces que yo sólo trabajo con la prueba de los juicios ya encaminados, no con las investigaciones en instrucción. Si la justicia de instrucción no encuentra acusados del 75, no hay juicio. **2 de junio de 2012**

Empecé a militar.

Necesito hacer algo más en mi tiempo libre, tener pocos momentos para pensamientos rumiantes. En el grupo de militancia son todos compañeros y compañeras. Tengo que incorporar esas palabras. Por ahora aprendí que la felicidad es peronista. Nada más. No entiendo las

bajadas al territorio. Yo vengo de ahí, del territorio de los suburbios franceses. Me costó mucho subir, salir de ahí, no quiero bajar de nuevo. **5 junio de 2012**

Ahora entendí.

Territorio es un eufemismo. Es el lugar donde están los pobres. Como es otro idioma, no caí enseguida, pero en derechos humanos hacemos lo mismo. Cuando vamos a trabajar a África, vamos al *terrain*, terreno. ¿Tal vez *territorio* sea una mejor traducción que *terreno*? Me pregunto si en Argentina estoy en el terreno o en el territorio. Llevo cinco años acá y sigo hablando mal. Tengo el corazón roto. Mamá volvió a París hace seis meses. Yo estoy acá y no me ata nada. **9 de junio de 2012**

Estaba leyendo Puig en *Cae la noche tropical*: "no hay nada como el enfrentamiento con la verdad cuando se trata de un intento de resignación ante la pérdida irreparable". Por eso lo llamé para volver a verlo, necesitaba un enfrentamiento más.

Aceptó.

Vino a casa, fuimos a comprar milanesas con papas fritas a Rondinella. Yo le regalé un sacapuntas que dice "Made in Czechoslovakia". Para mí es un tesoro. Dijo que se lo iba a regalar a sus hijos, cuando tenga. Obvio que no es conmigo con quien va a tener hijos. Cuando volvimos empezamos a comer. Nada de estar juntos antes. Nada de sexo. Él comía con ganas, yo levantaba cada papa frita como si pesara una tonelada. Empezó a hablar y me dijo todo lo que tenía que decir para que no tuviera más ganas de volver a verlo: hablás mal, no entiendo tus chistes, no sabés bailar cumbia, no vivimos de la misma manera. Intenté explicarle que todo eso pasa porque soy extranjera y no porque seamos incompatibles, o sea que me arrastré. Pero resulta que para algunos ser extranjero es incompatible. Entonces lo dejamos ahí. Me dio un abrazo largo. No me dieron ganas de llorar pero me generó una gran inquietud. A partir de ahora, me dan miedo las cenas con papas fritas. **12 de junio de 2012**

Volví al sucucho de San Telmo donde había comprado el sacapuntas "Made in Czechoslovakia" y compré todos los que quedaban en el local. Le regalé uno a cada uno de mis amigos y en mi trabajo. La devaluación del tesoro fue mi pequeña venganza. También saqué un pasaje a París. Me voy en julio de vacaciones y voy a reencontrarme con mamá también. Ella sigue ahí. Ya no hablamos más por teléfono, me sale muy caro. **20 de junio de 2012**

Con la militancia todo mal.

No me quieren. Les molesto mucho con mis preguntas todo el tiempo para tratar de entender. Menos mal que está Ernesto, que me banca un poco. Ya me aburre ir. No hay chicos lindos y Ernesto está de novio, no tengo chances con él. Pienso en dejar la militancia. No quiero ir al territorio. Tengo miedo de encontrarme ahí con papá y mamá, militando en una villa. Siento que me metí en un viaje en el tiempo del que no me hago cargo. Me despierto con pesadillas en el medio de la noche. Hoy soñé que estaba en Sudáfrica en pleno apartheid y yo era blanca, pero igual me querían violar. **1 de julio de 2012**

Aproveché el viaje a París para despedirme de los compañeros sin que parezca que abandoné la lucha. Dije que a mi vuelta los iba a contactar pero sé que es una mentira. Primero porque no sé si vuelvo (nunca sé si vuelvo de un viaje) y segundo porque no. Ahora estoy en el aeropuerto. A la salida de Charles de Gaulle me voy a tomar el RER e ir directo a la casa de Nadine. Tengo unos nervios, como si fuese yo la que tiene que manejar el avión. **3 de julio de 2012**

¡Pobre Nadine!

Apenas abrió la puerta, me puse a llorar. No sé contener la emoción, me sale por los ojos siempre. Ella, tan simpática, me recibió con té y croissants. Tiene una tetera que compró en Inglaterra, de segunda mano, toda manchada de english breakfast adentro. Me hace acordar a las manchas que tuvo mi hermana. Intenté contarle mis últimos dos años en Argentina en un desayuno. Su marido se sentó con nosotras también. No llegué ni a contar la mitad, perdí tiempo tratando de no llorar. El aire, el aire parisino me mata. Es mi aire, no tengo dudas. ¿Qué hago en Argentina? Ya arreglé el reencuentro con mamá. Con la familia bien. Están todos muy en la suya y no me preguntan nada de mi vida allá, pero bien. A mí me cuesta contar si no me preguntan. Tampoco me preguntan por el quetejedi. Nunca les interesó demasiado saber de mi vida sentimental. En la familia sólo importan los casamientos y los velorios. Escribo la palabra *quetejedi* y me río. Me hace pensar en un *jedi*, lo debo estar escribiendo mal. **6 de julio de 2012**

Cuando llegó me asusté.

Di un salto, de verdad. Era como volver a ver a una persona muerta. Cuando me abrazó, me pareció que me estrangulaba. Ella no cambió, salvo por sus ojos. Usa lentes de contacto azules. Era más fácil por teléfono. Es más fácil perdonar por teléfono. Hice lo mismo que

cuando era chica, volqué el vaso de agua sobre la mesa. Se le vino todo encima, sobre su pantalón blanco. Pero no se enojó, porque pasaron diez años desde la última vez que nos vimos. En este tiempo me recibí de abogada, me instalé en Argentina, me separé un millón de veces y nunca estuvo ahí para compartir las buenas o alivianar las malas pasadas. Ella se separó ahora, no está más con Mikael, por eso volvió. No le conté que yo sabía su secreto del embarazo. No le pregunté nada al respecto. No se habla con mis hermanos, están enojados con ella. Trabaja como traductora, es freelance. Puede vivir en cualquier lugar del mundo mientras tenga acceso a internet. Eso a mí me da envidia, yo sólo puedo vivir donde hubo crímenes de lesa humanidad. Dice que habla mal inglés, que tiene un acento muy francés cuando habla inglés. Allá en Australia se reían mucho de ella. No me preguntó nada sobre mi trabajo, el barrio donde vivo ni quiénes son mis amigos, así que aproveché para no contar nada. Sólo le dije que me sentía mejor, que la ruptura había sido un dolor punzante en el hígado pero que ya se había disipado. ¿Para qué decir la verdad? Me preguntó por el flequillo nuevo. No le dije que era mi forma de parecer argentina. El *carré* es francés, el flequillo es argentino. Soy las dos cosas. Me regaló una foto en blanco y negro y un verso evangelista que la abuela Rosita tenía enmarcado en su departamento antes de morir. Después del café, cada una volvió a su casa y yo en unos días volveré a Argentina, que ya no sé cómo nombrar. Ya no sé si es mi país, o su país. Caminé hasta la casa de Nadine preguntándome por qué yo no estaba enojada con ella.

Nuestra charla me dejó de cama. Aprovecho que no hay nadie en la casa de Nadine para no hacer nada, o sea escribir un poco y mirar mucho por la ventana. Enfrente hay un edificio del correo con ventanales muy grandes que permiten ver todo lo que pasa adentro. Están clasificando las cartas. ¿Cuánto tiempo más va a haber cartas? El oficio de cartero va a desaparecer.

Yo siempre voy a extrañar la vida con cartas. **14 de julio de 2012**

Mañana ya tengo que volver y me faltó ver a un montón de gente. Pasé demasiado tiempo en el departamento de Nadine. Eso es la confianza entre amigos: se van de vacaciones y te dejan su casa y a mí me agarran las viejas costumbres de quedarme encerrada en verano, mirando el techo y escuchando música con el ventilador prendido. Nadine y su marido no piensan que me convertí en una extraña por haberme ido a vivir a otro país, se los agradezco mucho.

Hoy es el día de la Revolución Francesa. Pasó tanto tiempo desde entonces: Francia no hace más revoluciones. **18 de julio de 2012**

En el avión viajé al lado de una chica que vomitó en el despegue. Se había tomado una pastilla para dormir pero había calculado mal la dosis y terminó vomitando el tostado que había comido antes de salir. Trece horas con olor a vómito al lado mío. En la mochila traía la foto que me había dado mamá cuando nos encontramos. Ahora que lo pienso me parece raro que haya elegido esa foto para darme. Una de ella y papá en 1972. Los amigos del club de judo de papá habían preparado una fiesta previa al casamiento. Es como su despedida de solteros, pero juntos en la misma fiesta. En la foto, mamá tiene una pollera blanca, corta. En su cara tiene pintado en negro "I love Juan". A papá le dibujaron en la mejilla derecha un símbolo de Peace and Love, esa misma ruedita que usa Mercedes Benz, pero al revés. Tiene una mancha sobre el pantalón, ¿se le habría caído algún vaso de cerveza? Mamá tiene una sonrisa embriagada. ¿De qué? ¿De amor? ¿De inconsciencia? Hay un presentador con un traje y un micrófono. Atrás toca una banda. Mamá estaba embarazada de mi hermano en esa foto, pero todavía no se le notaba la panza. Claro, se casaron embarazados. Apenas llegué, puse la foto en un cuadro y la colgué en la pared. A partir de ahora, esa foto en blanco y negro sostiene mi casa. Un día voy a descolgar ese cuadro y se va a derrumbar la pared del living. Ese momento será el principio de la libertad o de la pérdida del hogar. **31 de julio de 2012**

Volver a Francia, aunque sea por dos semanas, me dio mucha energía para seguir luchando contra la impunidad. Logro concentrarme en el trabajo, ser rápida, volví a encontrar la pasión y no tengo que caretear nada.

Mentira.

Volví a fumar. Ya que la justicia me aplasta, por lo menos que la nicotina me ayude y me deje transformar toda esta frustración en humo. Con la nicotina me siento acompañada. Dicen que es un monstruo, pero seguramente un monstruo menos pesado y aburrido que el sistema judicial. Trato de hacer memoria de cuándo empecé a sentirme así. ¿Es por el cansancio, la ruptura? Es antes de la ruptura. **10 de agosto de 2012**

Secuestré a un chileno un fin de semana.

Un nadador especialista en apnea. Nos conocimos en un recital, por amigos en común. Se quedó todo el fin de semana en mi casa. Antes de irse, me dijo que no puede ser que en mi casa no haya ninguna fruta. A mí me ponía contenta que fuera chileno y no argentino. También me ponía contenta que midiera un metro ochenta y tuviera

un cuerpo de atleta. Fue mi primera vez con un tipo tan alto. Ahora volvió a Chile. Este encuentro de fin de semana me salvó. Por ahora, no creo que nos volvamos a ver, pero compré frutas para no olvidarlo.

24 de agosto de 2012

Mamá me mandó una carta.

La puse en una caja de zapatos Adidas con las facturas. Después la saqué de ahí e inauguré una nueva caja de zapatos vacía, sólo para ella. Cuando era adolescente recibía muchas cartas de amigas que vivían a un par de cuadras nomás. Hacíamos ese ejercicio de escribirnos, comentarnos libros y obras de teatro. Es culpa mía si mamá quiere escribirme. Yo le di la idea y le encantó porque ella también es de la vieja escuela y piensa que los sentimientos se mandan por carta. En la primera escribe que quedó movilizada al confirmar que me instalé en Argentina. Me pide que le cuente cómo es mi vida acá, mi vida cotidiana. ¿Qué le puedo contar? Empecé a escribir en un Word: "Mamá, ayer fui a la ESMA, a la Noche de los Museos, y a la medianoche había una fila enorme de gente para visitar el ex centro clandestino. Y también había una feria de artesanías, que entre otras cosas vendían bombachas con Las Malvinas o con la cara de Kicillof. Un sobreviviente se enojó mucho de que estuvieran vendiendo bombachas en el predio de la ESMA y dijo irónicamente que tendrían que vender una de esas burbujas de vidrio que hacen nieve cuando las sacudís, con la ESMA adentro. Viste, mamá, mi vida cotidiana en este momento es medio extraordinaria". Pero como no sé qué nivel de ironía maneja mamá, me sentí en la obligación de aclarar. Uso la palabra *extraordinaria* para referirme a una situación no muy ordinaria pero no por eso feliz o excepcional. Es una aclaración que me hago a mí misma, en realidad. Porque escribí *extraordinario* y entré en contradicción. Para mí, tener una familia sería algo extraordinario, pero estar en la Noche de los Museos en un ex centro clandestino de detención es casi normal. Entonces escribí: “Lo extraordinario del relato que te mando está ligado, más que nada –siento–, a que a pesar del silencio que vos y papá mantuvieron durante tantos años sobre la Argentina, yo haya logrado encontrarme con gente que quiere hablar de esto. No estoy haciendo ningún reproche. Entiendo lo difícil que es revelar un secreto. Creo que también entiendo lo difícil que es guardar un secreto. Vos no debés ni saber quién es Kicillof ni desde cuándo la ESMA se convirtió en un museo. Yo no sé qué tan al tanto estás de lo que se fue dando acá. No sé si te diste cuenta, pero es la primera vez que te escribo en castellano: casi podríamos decir que es la primera vez que te hablo en castellano, porque mi nivel de castellano no me permite ser tan literaria, lo mío sería más bien coloquial. Vos, ahora, sabés leer a

Borges. Yo sólo leí dos cuentos de él y unas poesías. Acá siento que estoy atrasada con todo. Pero me alegro de poder armar mi vínculo con este país sola, sin vos y sin papá para explicarme las cosas. Me alegro de que el vínculo que tenga con Argentina sea sólo mío. No será el mejor, pero es extraordinario". **25 de agosto de 2012**

Dudé mucho pero la mandé así. No corregí nada. La imprimí en el trabajo. No es manuscrita porque mi letra es muy mala. Hasta a mí me cuesta releer mis apuntes. Tardará como tres semanas en llegar. Es bastante caro mandar una carta por correo pero sigue siendo más barato que varias llamadas telefónicas. Saliendo del correo vi pasar a Quetejedi por la calle. Lo vi de atrás pero parecía que iluminaba la calle con su mochila Eastpak y sus glúteos de acero. Quería seguir esa luz, su emanación, ese camino que podríamos haber hecho juntos en un bosque, de vacaciones, o en la playa, pero doblé a la derecha. A los dos minutos empezó a llover y decidí volver a mi casa caminando. Fue imposible fumar un pucho entero bajo la lluvia. **26 de agosto de 2012**

Estoy enferma y no puedo ir a trabajar hoy. Aprovecho para mirar películas pero me desconcentro. Sigo tratando de acordarme cuándo empecé a sentirme mal en el trabajo. ¿Tal vez tendría que ir al psicólogo? La última vez que fui, fue en París con Madame Rojas. La había sacado de la guía telefónica. Me gustaba que tuviera un apellido español y que su consultorio quedara a dos cuadras de mi casa. En la primera sesión me llamó la atención que fuera muy parecida a mamá: tez oscura, pelo marrón, no muy alta. Después me contó que era venezolana de origen, pero de madre nomás. Ella había nacido en París y vivido ahí toda su vida. Varias veces dudé si era psicóloga de verdad porque atendía en su casa y no había sala de espera. El consultorio parecía ser un pequeño living con dos gatos y una luz tamizada. Nunca vi salir a nadie antes que yo, incluso los días en los que fui temprano, más temprano que el horario que me tocaba. No sé por qué hacía esto. Después me quedaba esperando sentada en las escaleras del edificio diez minutos. Rojas se enojaba cuando le contaba que me gustaba mucho comer sushis. Decía que me iba a enfermar, que el pescado crudo era un asco y que una intoxicación de sushi llevaba varias semanas de recuperación. Eso me quedó grabado porque me metió un miedo que no tenía antes, el de la intoxicación. Todo lo demás, lo que hablamos durante dos años, no me lo acuerdo. **31 de agosto de 2012**

Estoy con ganas de escribir mucho en este diario porque estoy fumando mucho y amo escribir y fumar. Antes escribía y caminaba por el departamento. Ahora que puedo fumar, no necesito más

caminar. En el trabajo no puedo fumar y escribir. Entonces me la paso en la terraza. Hay un grupito de abogados que fuman y nos encontramos ahí. Ni siquiera es una actividad solitaria. En el juicio pasa lo mismo. Me fumo la causa ESMA en cada cuarto intermedio y lo peor de todo es que siento que me hace bien. Siento que el monstruo de la nicotina me acompaña a las audiencias y me ayuda a soportar el peso de la justicia. Esta semana uno de los jueces llegó tarde y completamente drogado de Valium porque se le había muerto la madre. Antes de que empezara la audiencia todas las partes expresaron sus condolencias. Hay muchos momentos en los que pienso que tengo suerte de no tener todavía la matrícula y no tener el poder de hablar en audiencia. Esos momentos compensan todos los otros en los que tengo que soportar las audiencias con bozal. **2 de septiembre de 2012**

Hoy mientras fumaba en la terraza del trabajo apareció un indígena, un Qom. Fue llamativo para mí ver que era igual a mi abuela Rosa, aunque mucho más alto y con bigotes. Cuando llegué a Buenos Aires pensaba que me iba a encontrar con muchos más indígenas y que algunos incluso iban a ser colegas de trabajo. Pero no sucedió, todavía no entraron al gueto de los derechos humanos. Es verdad que llegué acá con el disfraz de la europea clásica, pero algunos son peores que yo. Mi dentista en París, por ejemplo, cuando le dije que me iba por un tiempo a Buenos Aires, me contestó "Mucha suerte en Brasil". Sabe de caries, no de geografía. Acá me tocó un dentista con sentido del humor irónico que me avisó que "no me iba a torturar", lo que me alegró bastante. Otra vez me tocó uno que me preguntó si podía ocuparse de mi caries sin anestesia. Recién después me avisó que había tenido una novia francesa.

Es así, tengo los dientes frágiles y necesito ir al dentista.

Ahora que miro las fotos de Rosita, en paralelo con las fotos de Félix Díaz en internet, no me cabe la menor duda. Soy descendiente de Qoms. Llamo a papá para preguntarle por la abuela. Me dice lo mismo de siempre: "Ella era descendiente de indígenas o de chinos. Su padre era policía, iba a ser monja cuando conoció a tu abuelo, creo que era de Corrientes". Entonces anoto en mi cuaderno: "Preguntar a mamá por su mamá, ¿Qom?". Cinco años en Argentina, y no pude elucidar de dónde viene el gen de los pies chiquitos y el pelo negro. Aunque el pelo negro es por la abuela judía, me parece, no por la indígena. ¿Pero los pies chiquitos? El hecho de que Félix Díaz sea tan alto me hace dudar si el tamaño de los pies es un tema genético solamente, o si tiene también que ver con el uso que uno le da a su cuerpo, y si los míos son así porque están torcidos de haber pasado toda la infancia en

puntas de pie. **4 de septiembre de 2012**

Es domingo y volví a caer.

Un segundo de distracción y empecé a imaginar mi regreso a Francia. Vi cómo recuperaba mi piano y la mirada celosa de Albert. Entonces puse una música triste y deambulé por la nostalgia. El día que compré a Albert, el vendedor me dijo: "No vas a estar nunca más sola, un acordeón te acompaña siempre". Fue tan así que le puse un nombre y a veces lo puse al lado mío en la cama, para no dormir sola. Sólo un acordeón puede ser el protector de una armónica. Albert es el hombre de la casa, incluso cuando hay hombre en la casa. Es una parte de mi corazón. La que respira. La melancolía de los domingos atenta contra la integración de los extranjeros. Es como ir diez pasos atrás en un sólo día para luego remontar de ese pozo el resto de la semana. Yo no me siento sola. Disfruto mucho la soledad. Me llamo Harmonica. Fui creada para la soledad y el desarraigo. Este viaje a la Argentina fue lo mejor que hice en mi vida. **5 de septiembre de 2012**

Empezar el lunes a la mañana con una audiencia de lesa humanidad es un privilegio que tienen pocos turistas. Pero yo no soy turista, soy detective. Yo busco. No paso por Retiro para tomar un micro en dirección a las Cataratas de Iguazú. No me siento entre el público en la sala de audiencia y tejo al crochet. Yo me siento en el recinto, del lado de la acusación. Y desde ahí busco en la palabra de cada sobreviviente las cosas que no cuentan mis padres. En cada audiencia donde se menciona la palabra *exilio* me agarra una bola de angustia en la garganta. En cada audiencia donde se habla de una violación me pregunto si estas son las palabras que mi madre no dice sobre su partida de Argentina. Mis testigos favoritos son los que tardaron mucho tiempo en empezar a hablar. Con ellos, proyecto toda mi historia familiar. Lo ideal es que hayan empezado a contar su historia después de 2005. Estos testigos me dejan de cama. Yo veo esto en la sala de audiencia, palabras que se liberan, que vuelan arriba de nosotros y se escapan hasta la terminal de micros. Las palabras también preferirían ser turistas. Yo trato de agarrar algunas en la mano, como uno quiere agarrar una mariposa. Con esto, trato de armar las frases que le dan sentido a mí búsqueda. Porque buscarle sentido a las cosas ya no se puede.

Pero ahora con la ruptura se me hace más difícil sentarme en el recinto. Y siento culpa de haber perdido mi esencia, mi pasión. Me gustaría entender qué se rompió ahí, de verdad.

Miércoles 7 de septiembre 2012

Me llegó esta carta de mamá. La paso al Word, por si un día pierdo el papel:

Mi querida hija, ha llegado el día en que por fin las dos somos adultas y podemos comunicarnos desde ese lugar. Tus palabras en castellano llegaron hasta lo más profundo de mi corazón. Entiendo tu enojo por el silencio de tus padres. Entiendo tu enojo por el silencio, en general. No quiero disculparme con palabras fáciles, como hacen todos los padres al estilo de "Hicimos lo que pudimos" o "Entenderás cuando seas madre". Yo nunca soñé con tener una vida extraordinaria. Quería una vida cotidiana, la más llana y sencilla, una casa con un jardín, mis hijos, mi pareja. No esperaba subirme al tren de ninguna revolución, ninguna dictadura tampoco. La vida extraordinaria me hizo pasar por el infierno a los diecinueve años. Sigo tratando de entender por qué el amor tuvo un costo tan alto en mi vida.

Te confieso que a raíz de tu carta estuve leyendo sobre la ESMA. No es un tema del que sea especialmente fanática, el de los centros clandestinos de detención. ¿Trabajás ahí? Debe ser muy duro. Tené cuidado, Harmonica, la memoria es un animal que no se puede domesticar. ¿Te acordás del día en que desapareció Féli? Era invierno, los árboles desnudos y el cielo gris acompañaban nuestros pasos por el bosque y yo no podía dejar de pensar en la desaparición de tu papá, la primera vez. En una escena de la vida cotidiana volví a vivir una escena de horror. (Ahora me pregunto, también, por qué le dimos un nombre de gato a nuestro perro. Féli no es nombre de perro). Así empezaron los problemas con tu papá. La Argentina era ese volcán que tenía escondido silenciosamente en el fondo de mi corazón y que un día se despertó y se apoderó nuevamente de mí.

De a poco aparecieron recuerdos y tu papá se mantenía frío y no quería saber nada con esto. Yo no lo podía controlar. A veces estaba durmiendo y me despertaba asustada. Iba hasta la puerta de casa para confirmar que estaba cerrada con llave. No me podía volver a dormir, estaba siempre muy agotada. El agotamiento arruina todas las relaciones familiares. Llegó un momento en que ya ni quería pisar más la casa, como si pudiera sentir ahí el peso de todos los muertos arriba mío. Por eso te digo que te cuides en tu trabajo. No son tus recuerdos, alejate antes de que ese peso te agarre a vos también. Conectate con tus recuerdos. ¿Seguís haciendo gimnasia artística? ¿Tus abuelos siguen vivos? Extraño a veces mi casa de la infancia, el jardín que mi papá cuidó durante tantos años.

Querida hija, me despido con esta frase, estoy segura de que te va a gustar: "En mi próxima vida intentaré cometer más errores". Durante

mucho tiempo, se pensó que era una frase de Borges, pero ahora dicen que no. De todos modos, es una frase muy simple, perdele el miedo a los escritores. Te amo, hija. Escribime más.

P. D.: Sé que es horrible, pero me hiciste reír mucho con lo de las bombachas.

Leí la carta varias veces. Creo que me la sé de memoria. Me doy cuenta de que mamá tiene la misma letra que yo. Eso me da miedo. Me da la pauta de que yo también me puedo enamorar de un revolucionario de izquierda y abandonar a mis hijos.

Después de esto fui a correr. Di cinco vueltas al Parque Centenario y terminé con dolor de rodilla. No dormí con Albert, dormí con una bolsa de hielo arriba de cada pierna. Llamo a este estado el estado de la montaña porque, como todos los alpinistas, hay un momento en que sentís que subiste a tu máximo nivel de coraje. **8 de septiembre de 2012**

Hoy, la antropóloga del trabajo entró a nuestra oficina eufórica y con un papel en la mano. Era una nota que había escrito un abogado en la época del Juicio a las Juntas. Parece que contaba una anécdota increíble de este juicio y por eso la antropóloga se puso tan contenta. Nos dijo a todos que teníamos que escribir. “Escriban, escriban”, decía. “Después de cada audiencia, escriban”. Eso me dejó pensando.

Cuando volví a mi casa empecé a escribir en otra carpeta un relato en francés de la historia de mis papás. Fue como una urgencia, un vómito bien grande. Ahora me pregunto: ¿para qué? Son cinco páginas sobre papá, mamá, mis hermanos, la casa, la dictadura. Una familia en cinco páginas. Un cliché europeo de refugiados argentinos que tienen que aprender francés bajo la nieve. Me siento como uno se siente después de vomitar, llena de dudas sobre lo que comí. En este estado, le contesté a mamá.

Mamá, gracias por escribirme. Me gustaría saber más de la casa de Solano y también del infierno que viviste a los diecinueve años. No te preocupes por mis recuerdos, son bastante buenos. Siento que mi tragedia en la vida es la de ser feliz en todas partes: acá, en Francia. Donde sea que esté, me acomodo y soy feliz. Siempre me hago amigos, encuentro un curso que me gusta, un cine a donde ir. Por ahora, con eso estoy bien. La vida extraordinaria para mí está en la vida cotidiana, acá en Argentina. Me gustaría no pasar nunca por una dictadura, ni una guerra. La revolución no lo sé. Depende cuál. Me preguntaste por los abuelos. Se murieron los dos. El abuelo primero y

luego la abuela, de tristeza. Lo del abuelo fue muy duro (no digo que lo de la abuela no, pero fue más paulatino). Yo estaba en Argentina no hacía mucho tiempo y el abuelo me ayudaba mucho a entender las cosas. Era un gesto de amor tras otro. Un apoyo incondicional. Viste que él siempre fue muy antiperonista, pero así y todo recortaba artículos de *La Nación* sobre los juicios de lesa humanidad y me los daba. También me bancó todas las veces que estallé llorando en la cena, tratando de explicarle por qué no podía volver a Francia ahora. No sé si te lo conté pero perdí mi pasaje de avión de regreso. No tenía que quedarme cinco años en Argentina, tenía que quedarme cinco meses nomás. Una fuerza magnética muy grande me impedía volver. La Argentina era la heladera, yo un imán estúpido. Cuando llegué acá, quería a toda costa convencer a los abuelos de que nosotros también habíamos sufrido en Francia, de que era muy injusto haber crecido sin ellos. El primer mundo no te salva de la descompostura familiar. Nunca entendieron que el exilio era como un herpes: una marca vergonzosa con poca importancia para los demás, pero que te hace sentir feo. El abuelo nunca me demostró que me entendía. Cuando terminaba de llorar, me decía: "Bueno, ya está, ya hiciste catarsis". Yo asentía con la cabeza, pero no sabía qué significaba esa palabra, *catarsis*. Una vez le dije que era un caradura pero lo que en realidad le quería decir era cabeza dura. Confundí las palabras *cabeza* y *cara* y ni me di cuenta del error. Él me preguntó: "¿Yo soy un caradura?". Y le dije: "Sí". Mucho tiempo después, incluso después de su muerte, entendí la diferencia entre estas dos expresiones y eso me impidió dormir. Era un cabeza dura pero entendió todo. Una vez, después de la catarsis, me dijo: "Vos naciste en Argentina. Una Argentina muy lejos de acá". Poco tiempo después tuvo un paro cardíaco. Entonces vino papá y lo fui a buscar al aeropuerto y se cayó de rodillas en Ezeiza cuando le conté que había llegado tarde. Después de esto la abuela perdió la memoria, como tu mamá. En el olvido se volvió a encontrar con el abuelo.

Vos no querías cargar más con ningún muerto y te acabo de traer dos más. Soy dura, mamá. No sé si es la Argentina o si es el paso del tiempo, pero me estoy transformando en una persona muy dura. Antes de cerrar esta carta, quería preguntarte por la abuela Rosita. Me dijeron que era descendiente de indígenas. ¿Es así? Abrazo.

No sé si la voy a mandar. **10 de septiembre de 2012**

No mandé la carta anterior. Voy a mandar esta:

Mamá, gracias por mandarme una frase cuyo autor no sabemos quién es, pero que en un momento fue de Borges. Cuando lo dice un gran

escritor, es más fácil amigarse con el error. ¿Cómo estás con tu regreso a Francia? ¿Me querés contar más cosas sobre tu casa de la infancia? ¿La abuela Rosita era Qom? ¿Seguís teniendo recuerdos feos? Ya sé que son muchas preguntas, pero fueron muchos años sin vernos. Yo ando muy bien. Besos y gracias por escribirme.

¿Cuántas veces una dice o escribe "Ando muy bien" días antes de su cumpleaños? No querer hablar no es mentir. La ruptura, el regreso de mamá, los juicios. Lo más fácil de esta trilogía, lo más soportable, siguen siendo los juicios, pero no todos los días. Hoy declaró un hombre cuya mujer fue detenida en la ESMA, mientras que él zafó. Contó cómo antes de ser liberada los militares la llevaron a ella a la casa de él para hablar de cómo iba a seguir la pareja después de la liberación.

Cuando escuché eso pensé en mis padres. Ellos se reencontraron en Francia pero hacía meses que no se veían. Papá había sido torturado. Mamá estaba embarazada de otro hombre. Estaban con mis hermanos, Evaristo y Eva, en París, sin país, sin familia, sin dinero, sin saber hablar francés. Felices los cuatro. Yo no sé nada de esta primera charla que tuvieron, sólo puedo imaginarme algo así:

Escena en el aeropuerto de París. Una mujer con una bebé en brazos abraza a un hombre flaco con bigote. La mujer y el hombre lloran. Un niño varón corre alrededor de su padre. Correr es lo que más le gusta hacer. El padre se agacha y le da un abrazo a su hijo. Lo alza y llora. Lo vuelve a poner en el piso y le agarra la mano.

Conociendo a mis padres, la charla nunca tuvo lugar, ni ese día ni los que siguieron. Salieron en silencio del aeropuerto con la gente de la oficina de refugiados y fueron llevados a una pensión donde se quedaron dos semanas con otros latinoamericanos echados de su país. Ahí escucharon en la radio que el mismo día en que aterrizó el avión los militares tomaron el poder. El 24 de marzo 1976 es la fecha de un golpe de Estado y también la fecha en que aterrizó el avión que les permitió llegar a este abrazo. Mi labor de detective aún no me permitió conocer lo que sucedió con mamá antes de viajar. Sí logré averiguar que mi hermana Eva dio sus primeros pasos en Ezeiza en marzo del 76. **15 de septiembre de 2012**

Este año para mi cumple decidí hacerme un verdadero regalo y me compré un pasaje a Chile, para volver a ver al chico de las frutas y también para ver si descubro algo más sobre la detención de papá en Chile. El tiempo pasa, tengo que vencer mi miedo a volar arriba de la cordillera. No todos los aviones se caen en las montañas obligándote a

convertirte en caníbal para sobrevivir. La historia de la humanidad tiene cosas hermosas, no sólo catástrofes y tragedias. Hoy soplo las velitas, feliz porque ninguna historia de piloto de avión suicida puede arruinar mis expectativas de volver a ver al chileno-salva-vidas en dos semanas. **23 de septiembre de 2012**

Hoy es el cumpleaños de Julio Iglesias. Puse en volumen máximo "si me dejas no vale. Dentro de una maleta, todo nuestro pasado no puedes llevar". Este momento de gloria es interrumpido por varios golpes en la pared. Entendí la indirecta, bajé la música sin sentir vergüenza. Mis vecinos son una pareja heterosexual joven. Me pregunto si fue ella o él o los dos que golpearon la pared. Tal vez Julio Iglesias haya logrado reconciliar a esta pareja, que por primera vez abrazó la misma causa, el fin de la fiesta. La reconciliación depende siempre de un enemigo externo. Cuando me los cruce en el pasillo o en el ascensor me voy a hacer la boluda. No me cuesta mucho. Lo hago también cuando los escucho pelearse, que ella sale enojada de casa golpeando la puerta y él pone a todo volumen una canción de Los Redondos, siempre la misma, que dice " por qué no dejas de pensar en labios que besan fríos". **15 de octubre de 2012**

No escribo hace mucho porque es imposible para mí escribir mientras estoy de viaje. Tengo anotaciones en un cuaderno pero ninguna frase entera. Acumulé muchas palabras en el fondo de mi cabeza. La primera es esta: "too late". Yo llegué "too late" a Santiago. El chileno ya conoció a otra chica, una que estaba de novia y dejó a su pareja para estar con él. La entiendo. El chileno-salva-vida me dejó su casa por estos días y se fue a vivir con la nueva novia. Cuando llegué a su departamento entendí que existían atajos en la vida que podían materializarse no sólo por el camino más corto, sino por adelantar historias al final. Su departamento era lo más parecido al bulo de un cuarentón que quedó atrapado entre Jaime Roos y Pablo Neruda. En el baño había una poesía escrita en rojo indeleble sobre el espejo. ¿Era una poesía o una frase de autoayuda? No me acuerdo. Me volvió el recuerdo de otro hombre con el que estuve en Argentina, y que después de coger recitaba poemas, así de la nada, mientras me abrazaba. Me daban ganas de reír. Nunca terminé de entender si era su forma de ser o una sobreactuación. Pueden ser ambas cosas, hay gente que sólo sabe sobreactuar lo que es.

El resto de la casa del chileno era normal, salvo por la vista de la cocina que daba sobre la cordillera. Mi plan de abastecerme de frutas no tuvo mucho éxito porque, al contrario de lo que pensaba, Chile es el país de la palta, no de las frutas. Por lo demás, anduve casi siempre sola. Digo casi porque un día me reuní con un chico que había

conocido acá en el juicio. Era también un detective de la lesa humanidad. Ahí nos hicimos un poco amigos y me había dicho que podía llamarlo cuando fuera a Chile. Él vive en Santiago porque tiene una novia chilena. Nos encontramos en el museo por la memoria y lo recorrimos juntos. Eso, que tenía que ser un viaje de sexo y fruta, terminó en el mismo lugar de siempre: la dictadura. Por suerte, la compañía de este chico era muy agradable. Nuestra recorrida por el museo fue silenciosa. Nos quedamos mirando bastante tiempo los videos. Tanto el de Allende avisando a su gente que no había que sacrificarse, como uno sobre el referéndum del regreso de la democracia que me gustaba mucho por el estilo ochentoso de las imágenes. A la salida del museo nos sacamos una foto juntos y agarramos la calle Huérfanos hasta un bar donde nos quedamos hasta que las montañas que rodean la ciudad desaparecieron con la luz del día. Transcribo esta charla porque no me la quiero olvidar.

—¿Por qué esta calle se llama Huérfanos?

—Debe ser por el hospital de huérfanos que estaba cerca.

—Menos mal, pensé que era por nosotros.

—¿Te sentís identificada con una calle que se llama Huérfanos?

—A veces, como todo el mundo.

—Yo no.

—¿Ah, no?

—Los niños son huérfanos, los adultos somos adultos.

—Bueno, si vamos a ser literales. ¡Parecés abogado!

—Es que estudié abogacía, pero cuando me recibí hice otra cosa.

—¿Qué hacés ahora?

—Fabrico juguetes. Ya te lo había contado.

—Me acuerdo. Me confundiste vos con lo de la abogacía. Perdón por haberte dicho eso de ser huérfano. Pensé que era una ironía de la vida, una calle Huérfanos al lado del museo de la memoria.

—Sí, a mi también me parece irónico.

Silencio

—Estoy fabricando un muñeco pirata que busca un tesoro escondido abajo del mar.

—Tremendo. ¿En qué material?

—Madera.

—No sé si la madera y el agua se llevan bien.

—No se llevan bien. Por eso el pirata nunca encuentra el tesoro. Vuelve del mar, hinchado, casi roto.

—Es un juguete bastante triste, ¿no? ¿No será mucho para un nene?

—Es para adulto. Fabrico juguetes para adultos.

Silencio.

—Hay adultos que necesitan recuperar su infancia y no tienen juguetes para hacerlo.

—Es cierto. Pero incluso para un adulto es un poco triste lo del pirata. Me hizo acordar a la tortuga que tenía en la adolescencia. Un día mi papá le trajo piedras del mar de acá, de Mar del Plata.

—Estamos en Chile, acá es Chile.

—Perdón, para mí Argentina es toda América del Sur.

—Te perdono porque mis padre son argentinos.

—Gracias. Mi padre había traído piedras de Mar del Plata, en Argentina, y las había puesto en el aquarium de la tortuga. La sal de las piedras empezó a quemarle los ojos y ella empezó a gritar. ¿Ya escuchaste un grito de tortuga?

—Por suerte, no.

—Es estridente y desgarrador. No sabíamos que era una tortuga de agua dulce y sobre todo, no sabíamos que todavía había sal depositada en las piedras. Las habíamos lavado.

—Tortugacidio culposo.

—Sí, tremendo. Se murió porque la consumió la sal. Me parece que al pirata le pasa un poco lo mismo. La madera, el agua, la sal. Tendrías que hacer un muñeco de plástico.

—Creo que lo que tendría que hacer es una combinación de neopreno, o algo así, para que pueda ir bajo el agua.

—Yo conozco a un chico de acá que hace eso.

—¿Neopreno?

—No, apnea.

—Yo hago apnea en este mundo.

Silencio

—Te traje algo –sacó de su mochila una hoja impresa–. Este es el nombre de tu viejo, ¿no?

Cuando leí el nombre de mi papá en el informe de la Comisión por la Verdad chilena, me morí. Ya sabía que había sido arrestado y detenido también en Chile, me lo había contado poco antes de mi viaje a Argentina. El Plan Cóndor. Me pareció duro que me lo mostrase otra persona. Como si por primera vez no pudiera esconderme detrás del escudo de la abogada. Acá era la hija de un sobreviviente de la dictadura. Otra dictadura. Después de eso, me preguntó si quería conocer el centro clandestino donde había estado detenido mi papá. En realidad, habían sido dos. Yo los conocía por documentales. Dije que sí porque me parecía copada la idea de, solamente con mi presencia, reivindicar el futuro de un ex detenido, pero después arrugué. Al día siguiente no visité ningún centro clandestino, fui sola a la casa de Neruda y al cerro San Cristóbal. A la noche cené sola en un bar cerca de la casa y dormí temprano. Al día siguiente almorcé con el chileno y su nueva novia para devolverle las llaves antes de irme. Su novia era muy linda, muy alta, con el pelo largo y lacio. Iban bien juntos. No hice alusión a ningún encuentro en Buenos Aires. Hablamos del museo por la memoria y los incendios que queman el país. Al regreso, la cordillera me parecía más amable. "¿Viste que no es tan difícil cruzar los Andes?", me decía la montaña. "Tu papá no lo pudo hacer, pero vos sí. Vos lograste volver a Argentina". Mientras cruzaba la cordillera por última vez –eso pienso– me enojaba conmigo por no lograr salir de este personaje medio ridículo, que por un

Edipo desmesurado, del tamaño de esta montaña, pasa su tiempo preguntando por la vida de sus padres en vez de hacer la suya. **17 de octubre de 2012**

Es así, hay días en los que el Edipo se hace más presente, por ejemplo un día peronista. Recién recibí un mail de papá para el 17 de octubre.

Yo no me acostumbro a tener un padre peronista y guevarista. No sé qué contestarle. Le contesto un feliz día, pero no entiendo nada. No sé qué significa para él este saludo. El día que me enteré de que existía la marcha peronista lo llamé por teléfono para corroborar que era verdad. "Sí, existe", me dijo, "yo la cantaba en la cancha". Entonces la aprendí de memoria. Un día en clase de teatro teníamos que usar un texto que supiéramos de memoria y elegí ese. Lo que yo no esperaba es que nos pidieran de gritar el texto arriba del escenario. Entonces me encontré gritando la marcha peronista y me agarró mucha angustia. Grité con toda mi fuerza "Viva Perón" y sentí que el general estaba atrás mío. También estaba un montón de gente que no conozco que gritaron esas mismas palabras con convicción en algún momento de sus vidas. Tuve escalofríos y lágrimas en los ojos. Por eso, sé que estas palabras que para mí no significan nada tienen mucho peso para otros. Sé que si hoy papá me dice "Feliz día de la lealtad" me habla de algo que tiene mucho peso para él. A mí esto me asusta.

Apenas le contesto "Feliz día" me llega otro mail, muy largo, donde me explica que va a vender "La Mascota". Ya se jubila y quiere comprar algo más chico. Vende nuestra infancia y me pregunta qué hacer con mis cosas. Una parte mía está convencida de que no necesita más nada de ahí, que si hace años toda mi vida-en-Francia está en cajas, es que no la necesito. Esta parte es la que contesta el mail, con una salvedad: "No tires las fotos". Después me vuelve a contestar papá: "¿Estás segura de que no querés mandar nada para allá? ¿Tu cama?". La idea de mi cama, sola, arriba de un barco gigante me incomoda y le digo que no hace falta. La infancia es una isla paradisíaca que se convierte luego en una isla desierta, antes de andar a la deriva por el mar de la deconstrucción. Imagino a "La Mascota" sola en una isla desierta cuando recibo otro mail de papá que me avisa que el nuevo propietario de la casa es Ahmed, mi ex compañerito de la primaria. Ya no es más el chico de ocho años que venía a jugar a las escondidas, ahora es el gerente de un supermercado de la zona y tiene dos hijos. Dudo si escribirle después de veinte años sin hablar, para avisarle que ahí donde jugábamos también hubo gente que puso fin a su vida, que hay una maldición, que nosotros zafamos pero estuvimos varias veces al borde del abismo, y que el vecino de al lado se suicidó en prisión. Empiezo a redactar ese mail cuando me doy cuenta de que ni siquiera tengo su contacto. Tampoco lo encuentro en las redes sociales. Soy una detective cansada y abandono la misión. Le mando un último mail a papá preguntándole qué iban a hacer después de ganar la revolución. Enseguida me contesta: "No teníamos idea de lo que venía después de la revolución". **20 de octubre de 2012**

Acá transcribo nueva carta de mamá. Noviembre se adelantó y octubre

parece ser el mes del desfile de malas noticias.

Querida hija,

Es una alegría inmensa poder compartir con vos esos nudos del alma que tuve que esconder durante tantos años. Por fin llegó el momento en que todos mis hijos son adultos y podemos decirnos las cosas sin tanto reparo. Agradezco profundamente tu interés por el relato de estos episodios dolorosos que empecé a divulgar como un bosquejo, un primer *coup de crayon* de un dibujo un poco sórdido. El regreso a Francia, a pesar de la separación con Mikael, me está haciendo muy bien. Estoy ordenando mis pensamientos –maldita costumbre de querer ordenar todo, seguro lo padeciste en tu infancia, ¿no?– para reconstruirme por primera vez en mi vida, yo sola y sin la ayuda de ningún hombre. Hoy se puede decir que tu madre es una mujer independiente, a los sesenta años. Me gustaron tus preguntas sobre la abuela Rosita, la casa de mi infancia. Me gustaría hablar personalmente con vos de todo esto, y también de lo que pasó con nosotros mientras tu papá estaba detenido. Por eso decidí sacar un pasaje para Buenos Aires. Llego el 25 de diciembre y vuelvo el primero de enero. Son las fechas más baratas. Si no me podés alojar no te preocupes que ya reservé un cuarto en un hotel por Avenida de Mayo. Si ya tenés planes para estas fechas, no te preocupes por mí, concédeme un café para poder hablar personalmente, lo demás me organizaré yo. Tengo muchas amigas de la secundaria que me quieren volver a ver. Estoy chocha, Harmonica, con la idea de pisar de nuevo el jardín de la casa de mi infancia. Ya hablaremos por teléfono en estos días y me contarás tus planes. Te mando un abrazo enorme, je t'aime fort.

No me acostumbro. Pienso que lo de hablar como una adulta es un trampa que arman los padres para que uno se convierta en sus tutores. De repente, todo esto no me cierra y pienso que caí en una trampa enorme. Soy un ratón a punto de comer el queso envenenado en la cocina de la historia de la humanidad. La puerta de salida se cerró: me como el queso envenenado o muero de hambre. Yo sólo quería entender quiénes eran las personas que me habían criado. No quería tocar el fuego con las manos. Lo bueno de escribir un diario es que una se puede contestar inmediatamente a sus propias preguntas. Ahora me parece evidente que con mamá nos escribimos cartas y no mails porque todavía necesitamos distancia y la comunicación instantánea es algo que no sabemos manejar desde hace mucho tiempo. Entonces ¿cómo vamos a hacer las dos solas en Buenos Aires? En este preciso momento me arrepiento de todo. **21 de octubre de 2012**

Hoy en el trabajo parecía que la vida seguía igual.

Nadie se dio cuenta de la tonelada que yo cargaba en la cartera con la carta de mamá y en los hombros con la venta de una parte de mi infancia. Por supuesto la terraza me servía de centro de refugiados, y entre dos cigarrillos esperaba apática que terminara el día. En un momento, cerca de las seis, tuve una revelación y le escribí a papá: “Quiero conservar una sola cosa de ‘La Mascota’: Ginkgo, el primero. ¿Cómo podemos hacer?”. Se iniciaron una serie de mails cortos del tipo: “¿Es un chiste? ¿Qué querés hacer con un árbol? ¿No hay árboles en Argentina? ¿A dónde lo vas a poner, en el balcón? ¿Te vas a comprar una casa?”. Luego de lo cual apareció una segunda revelación y brillante idea y escribí: “Por favor, papá, desterrá a Ginkgo y pasáselo a mamá. Ella viene ahora para las fiestas de fin de año a Argentina, me lo puede traer. No es tan grande, lo puede esconder en la valija”.

Sabía que era una mala idea pedirle a una persona que regresa a su país después de veinte años que pasara la aduana con un árbol en la clandestinidad, pero tenía que hacerlo.

Tercera parte

Día 1

Yo creía en el fin del mundo en diciembre de 2012. Creía en todas las predicciones mayas que pudieran explicar cómo y por qué me iba a encontrar con mamá en Argentina. Alquilé un auto, por primera y última vez en mi vida. Fui a buscarla a Ezeiza. María llegó al aeropuerto y fue demorada un rato largo en la aduana, por el tema del árbol. No quiso saber nada de la clandestinidad, de esconder al árbol en un tupper lleno de pedazos de tela. Ella había hecho todo en regla, había pedido todos los permisos. Así y todo, un ginkgo biloba sale alrededor de mil quinientos pesos en Argentina y en la aduana no entendían por qué queríamos traer uno de allá. En la aduana no entienden lo que es un corazón.

Cuando por fin pasó las puertas automáticas de arribos, yo estaba ahí esperándola parada con una medialuna de grasa a medio comer, comprada en el McDonald's, y que tiré a la basura apenas la vi. María emanaba música de Françoise Hardy todavía, emanaba elegancia y frescura a pesar de las trece horas de avión.

"Son sólo siete días" repetí en voz baja para darme fuerzas, y me acerqué a ella. Mamá me dio un abrazo que parecía un estrangulamiento y otra vez pensé "Son sólo siete días, ¡fuerza!".

Ginkgo estaba ahí con ella, chiquitito, de un metro cincuenta. Yo había alquilado un auto bastante grande y por suerte pudimos hacer entrar el árbol fácilmente rebatiendo los asientos de atrás. El viaje hasta mi casa fue bastante silencioso. Mamá comentó más que nada el tema del clima caluroso, de lo moderno que está Ezeiza ahora y de lo vacías que estaban las calles. Le dije que mantenga su reserva para el hotel pero que como era 25 de diciembre me daba cosa dejarla ahí sola, y que podía venir a mi casa. Ahí la esperaban una ensalada con nueces de cajú y palta y un pan dulce. Aceptó. Le pedí que me ayudara a subir a Ginkgo hasta mi casa, tenía lista una maceta grande hasta que encontráramos un lugar en la tierra donde arraigarnos juntos.

Una vez en casa me dio pena todo y le dije que se quedara, que yo le dejaba mi cuarto, que eran sólo siete días. Además, no me molestaba la idea de dormir en el living, único lugar en el dos ambientes donde funcionaba el aire acondicionado. El altruismo no existe.

A María no le gustó mucho mi edificio. Muy grande, muy pajarera. Es un edificio de los setenta, le comenté. Tiene salida por dos calles diferentes. Está pensado para la vida en clandestinidad o para el adulterio. Por su mirada seria me di cuenta de que el chiste no le gustó. Era muy largo explicarle que el humor negro era lo que me mantenía con vida.

Se instaló en mi habitación y me dijo que quería higienizarse antes de almorzar, así que me encontré preparándole el almuerzo a mi madre. Mientras comíamos la riquísima ensalada de pollo y el pan dulce, ella y yo nos miramos mucho pero hablamos poco. En un momento rompí el hielo y le dije "Acá es Argentina, te podés sacar los lentes azules de contacto".

—No pasa por Argentina o Francia, yo uso lentes azules porque me encanta.

—Pensé que era por racismo ordinario.

—Es por mí, porque yo siempre quise tener los ojos así. Los ojos marrones no me gustan.

—Gracias.

—Vos no tenés ojos marrones, tenés ojos color miel oscuro.

—Gracias.

Le pregunté si quería dormir una siesta, porque la siesta es una costumbre familiar. Su respuesta negativa me hizo dudar de mis orígenes, pero no lo comenté. Le volví a insistir de hacer algo. A lo que me contestó que podíamos ir a plantar mi árbol. Le dije que necesitaba unos días para saber dónde plantarlo y decidimos ir a dar una vuelta nomás.

Fuimos al Parque Centenario. Nos sentamos en la sombra de un árbol gigante y logré hablar:

—¿Estás bien? ¿Cómo te pega el regreso, estás bien? Tengo miedo de que estés muy angustiada.

—Todo bien. No me doy cuenta aún de que estoy en Argentina, pienso que estoy soñando.

—Cualquier cosa me decís. Vamos al hospital y pedimos un Valium.

—No va a hacer falta, traje de todo –me contestó. Luego me preguntó qué me pasaba, por qué estaba tan distante y tan silenciosa con ella. Intenté mentirle, decirle que yo era así con todo el mundo. Ella fingió que me entendía. Ambas sabíamos que nos iba a llevar tiempo recomponer el vínculo. Entonces, me corrió por izquierda, me llevó al terreno que nos había vuelto a reconciliar: mi ruptura.

—¿Volviste a ver a ese chico?

Yo le dije la verdad: que no quería hablar de eso. Entonces me pidió que la acompañara. Fuimos caminando hasta una casa en el barrio de Flores. Mamá no se acordaba el camino, pero sí se acordaba de memoria la dirección a la que quería llegar.

—Acá era el consultorio de tu abuelo y ahí fue donde nos conocimos con tu padre. Después de casarnos, vivimos un tiempo ahí también. Hasta que un día…

Mamá dejo de hablar. No se podía ver nada del interior de la casa, la ventana de planta baja estaba cerrada. De afuera era una casa más, gris, y ante la ausencia de una insignia de metal con un nombre raro o una maceta de tacos de reina en las ventanas, pasaba totalmente desapercibido el hecho de que alguna vez había sido de la familia.

Cuando era chica me encantaba que mamá me mostrara la clínica donde había nacido cada vez que pasábamos con el auto. Lo mismo hacía con la clínica donde había nacido mi hermana. No sé cuántos años estuvo con ganas de mostrarnos esta casa. Siempre me molesta cuando estos momentos históricos familiares llegan y mis hermanos no están. Pienso que Evaristo y Eva estarían encantados de volver a ver lo que fue su casa de la pequeña infancia. Pero a lo mejor no.

De ahí fuimos a tomar un helado, en una de las pocas heladerías abiertas el día de Navidad, y entendí algo importante que es que María y Juan son iguales: eligen el momento de las comidas para revelar secretos familiares. En la heladería Las Malvinas, luego de pedir un helado de dulce de leche granizado y crema granizada, mamá dijo:

—Después de Eva y Evaristo, pensábamos que no podíamos tener más hijos. Pero apareciste primero vos y después tu hermana.

Las confesiones a la hora de la comida son tan poderosas. Si uno empieza a pensarlo, es lógico que los secretos familiares se revelen alrededor de una mesa, entre dos papas fritas o una pasada de lengua sobre el dulce de leche.

—¿Por qué pensaban que no podían tener hijos? –pregunté, sabiendo una parte de la respuesta.

Mamá me contestó que papá no sabía si iban a poder tener más hijos por toda la tortura que él había sufrido en los genitales, y ella, por lo que le había pasado. Cuando le pregunté lo que le había pasado no quiso seguir hablando.

—Mejor te cuento otro día, estoy empezando a sentir el cansancio. ¿Vamos a dormir?

Como el jet lag de Europa para acá es feroz, no insistí. Volvimos a mi casa. Mamá se fue a dormir sin cenar y yo me quedé en el living con el aire acondicionado, Ginkgo, un secreto sin contar y medio kilo de dulce de leche granizado. La noche iba a ser larga.

Día 2

Me desperté por el olor a café y porque el aire estaba apagado y me moría de calor. No era un sueño: mamá estaba en mi casa preparando café y yo era adulta. No era ninguna película yanqui, Tom Hanks y Michael Douglas no estaban escondidos detrás del sillón. Sólo estaba Ginkgo. Refunfuñé y le pedí a mamá que volviese a prender el aire. Ella me contestó que el living de mi casa era Alaska y tanto frío podía lastimar a Ginkgo. Le expliqué que el árbol había sobrevivido a varios inviernos en el jardín bajo la nieve, y no mencioné los ataques nucleares a los que habían sobrevivido sus ancestros. Simplemente me levanté contrariada. Los días-que-empiezan-antes-que-vos son muy difíciles de remontar, pero quería que las cosas salieran bien y después de la ducha fría decidí hacer un esfuerzo. No me salía naturalmente darle un abrazo a mamá, entonces me obligué a avanzar hacia ella, a olvidar la cuestión del aire acondicionado, del secreto no contado, de sus ojos azules, y caminar con los brazos abiertos. Traté de olvidar lo que soportaba con paciencia en silencio. Y así como no se puede forzar las palabras a salir, no pude forzar el abrazo y frené de repente cerca de ella, di un paso atrás y ella vio cómo su hija todavía no estaba lista para abrir su corazón. Después fui a la mesa y me senté sola.

Creo que nunca había probado el café de mamá, era la primera vez. Cuando ella se fue de casa, yo todavía tomaba leche chocolatada. Mientras probaba un gusto prohibido de mi infancia, mamá se acercó y me preguntó si yo tenía que ir a trabajar. Le conté que me había tomado los días entre Navidad y año nuevo y se le escapó un pensamiento: preguntó si había tomado estos días para estar con ella.

“No sé”, le dije para dejar abierta la posibilidad de que eso no sucediera. Ahí fue cuando me preguntó si quería conocer la casa de su infancia en Solano.

Contesté que sí. Antes de salir preparamos sándwiches de palta, jamón y algunas papas fritas de paquete. Mamá seguía con sus ojos azules y yo con los ojos desencajados ante su presencia, tan extraña. Me perdí varias veces en la ruta y como ella no se acordaba de nada tuvimos que dar vueltas y retroceder varias veces. Llegamos al mismo tiempo que un hombre a caballo. No sabíamos pero era el nuevo dueño del lugar.

Estacioné el auto justo enfrente de la casa. Mamá la reconoció enseguida y salió corriendo hacía ahí, sin siquiera cerrar la puerta del auto. Cruzó la calle de tierra sin mirar. Se escuchaban ladridos de perros.

—¡Señor, señor! –le gritaba mamá al hombre del caballo que recién entraba al jardín de la casa.

El hombre se dio vuelta pero no se acercó. Siguió su camino para atar el animal, mientras que yo llegaba al lado de mamá y le pedía que se calmara un poco.

—Mirá cómo tienen la casa, ¡qué vergüenza! ¡Tanta tristeza me da! Tu abuelo la cuidó tanto, y el jardín, mirá lo que le hicieron al jardín, no hay nada. Las rejas, las rejas no están pintadas, están que se caen.

Le volví a pedir a mamá que se calmara. Le dije que la pintura no resiste al tiempo y sale cara. Ahí fue cuando María cayó arrodillada en la vereda de su infancia. Lloraba. Me agaché para hablarle. Mamá no contestaba y seguía llorando arrodillada en el piso. Me di cuenta de que era muy frágil para estar sola en este país y decidí que no la iba a dejar ir por su cuenta a ninguna parte. Ya buscaba en la cartera algún calmante cuando salió el hombre del caballo. Tenía un papel en la mano que decía “Estoy afónico, no puedo hablar. ¿Qué les pasa?”. Le pedí disculpas por el escándalo y le dije que la persona arrodillada era mi mamá, que había vivido ahí hasta los dieciocho años y estaba de vuelta por primera vez desde hacía cuarenta años. “Fue un golpe de emoción muy fuerte para ella”, concluí. El señor abrió la puerta de entrada al jardín y nos hizo seña de pasar. Levanté a mamá del piso y fuimos caminando hacia el museo de su infancia. La entrada daba directamente a la cocina. Sentamos a mamá en una silla. El señor mudo le trajo un vaso de agua de la canilla. Después mamá me contaría que el agua estaba un poco caliente. A fin de año hace calor,

más al mediodía. Le agradecí mucho al señor por su comprensión y tal vez también por su silencio. Mamá empezó a recobrar fuerzas y empezó a contar.

—El día que mamá entró furiosa y aplastó al loro detrás de la puerta, yo estaba sentada acá. Lloré tanto, tanto ese día. Mi mamá nunca me pidió disculpas por matar a mi mascota. Ella nunca pedía disculpas por nada. Igual ya era un milagro tener un loro suelto en la casa y que no se lo comiera ninguno de los perros. Teníamos dos, Zorro y Negro. Eran de mi papá. No entraban a casa, se quedaban en el jardín. Tu abuelo amaba tanto este jardín, lo cuidaba tanto.

Ante la posible recaída de llanto de mamá, al mencionar la palabra jardín interrumpí el monólogo.

—Señor, ¿podemos visitar la casa?

El hombre respondió que sí con la cabeza. Agarré a mamá del brazo y caminamos hacia el living. La decoración era más bien modesta: un cuadro de Martín Fierro, dos fotos en blanco y negro enmarcadas. En el piso, una alfombra llena de pelos de oso blanco que parecía sacada de una película del lejano oeste y contrastaba con el dueño. No pintaba muy cazador de osos. En cuarenta años, no se había hecho ninguna refacción de la casa. Mamá reconoció enseguida el cuarto que había sido su habitación y ahora era la habitación del hombre. Mamá miró por la ventana. No estaba más el jazmín que había plantado su padre, y tampoco las azaleas. Sólo se veía un muro gris de cemento. Fue entonces que ella se quiso ir.

Antes de irnos, el hombre mudo nos dio un papel que decía “Hace poco vendí la casa a una inmobiliaria. Tengo entendido que quieren destruirla y construir un edificio”. Agarré el papel y lo guardé en el bolsillo sin mostrárselo a mamá. Cuando me preguntó por lo que había dicho el viejo, le dije que nos había deseado un buen regreso a Capital.

Nos fuimos sin hambre de San Francisco Solano. Mamá no hablaba, miraba la ruta nomás. Rompí el hielo después de un rato y tras equivocarme varias veces en el camino y le pregunté dónde guardaba el Valium. Ella no quería saber nada, decía que era muy joven para tomar drogas. A mí me daba miedo que ella tuviera un ataque de angustia, pero creo que proyectaba un poco de mi propia situación.

A la vuelta paramos en el Parque Lezama y comimos abajo de un árbol. Fue mamá quien me pidió que la llevara ahí para contarme que

en ese lugar se habían conocido sus padres, que la abuela era monja y el abuelo comunista. Ahí me acordé de un chiste que hacía Evaristo cuando éramos chicos. Decía de repetir varias veces la palabra *jamón* hasta que se transformaba en *monja*.

Día 3

El jet lag despertaba a mi madre siempre antes que a mí. Después venía el ritual del aire acondicionado apagado y el olor a café. No forcé más el abrazo. María se despertó con la idea de ir a visitar el ex centro clandestino ESMA, Me asusté. La crisis de nervios en Solano podía repetirse y me opuse rotundamente. Le dije que le iba a traer malos recuerdos pero me respondió que ella no iba a recordar nada porque nunca había estado detenida en la ESMA. Ahí le insistí sobre lo parecidos que eran todos los centros clandestinos de detención. Para ella era un deber de memoria, y se lo debía a todos los desaparecidos y todos los sobrevivientes, a todos los de su generación.

Le propuse ir al Parque de la Memoria, porque tiene una hermosa vista al río y si uno se abstrae un poco de todo, hasta puede parecer lindo. Terminé diciéndole que de todos modos ella hacía siempre lo que quería. Afuera una tormenta eléctrica acompañaba mi enojo. Negocié ir a la ESMA con un Valium en el bolsillo del jean. Extrañamente, mamá no tuvo ninguna crisis de nervios en la visita al ex centro clandestino. Yo le conté que la primera vez que fui había coincidido con la primera vez que había tenido que tomar un Valium en mi vida. Me dio un abrazo que no me estranguló sino que me contuvo.

Camino a la salida del predio me señaló un lugar en el pasto donde, según ella, se podría volver a plantar a Ginkgo.

—¿En la ESMA, mamá? ¿Sabés todos los permisos que hay que tener para hacer cosas acá?

—¿No me escribiste que acá habían vendido bombachas en una feria?

—Pero eso generó muchos problemas y la gente estaba muy enojada y algunos estaban tristes y shockeados.

—Te estoy hablando de plantar un árbol, Harmonica. No es shockeante eso.

Después volvimos a casa y no buscamos más sensaciones fuertes. Miramos un poco la tele, lavamos ropa, cocinamos. No me atreví a hacer ninguna pregunta.

Día 4

Los días con mamá parecían el día de la marmota, porque empezaban todos igual pero a la media hora me acordaba de que lo que estaba en juego era el fin del mundo. Después de Solano y de la ESMA, mamá me dijo que quería encontrarse con sus amigas de la secundaria. Me pidió que la acompañase. Eran siete: Micaela, Mónica, Luisa, Ana, Inés, Alejandra y Aurelia.

Se encontraban en el Plaza del Carmen de la esquina de Scalabrini Ortiz (Canning, para mamá) y Santa Fe. Mamá insistió para que lleguemos diez minutos tarde, porque estaba muy nerviosa. Les había traído unos regalitos a cada una. No se veían desde 1975. Yo nunca vi abrazos tan efusivos, tan contenedores, como si hubieran estado aguantando todos esos años el momento en que, por fin, esos brazos pudiesen ser desatados. Antes que nada, se burlaron todas de los ojos azules de mamá. Ella les respondía que con ese cambio de color de iris había realizado un sueño. Más carcajadas. Por lo demás, me daba la sensación de que retomaban la conversación donde la habían dejado en esa época: con quién salía fulanito, qué había pasado con la mamá de menganito. Después empezaron a hacer listados de quién vive afuera y quién no. Después empezaron a oscurecerse un poco las caras y mencionaron a Miguel, su asesinato, ahí en Bernal. Era en 1977. ¿Y Vivi? ¿Y Toto? También, ellos también habían caído. En ese grupo no había desaparecidos pero estaban todos asesinados. También hubo preguntas por si Jorge había vuelto a la Argentina luego de su liberación del Pozo de Quilmes. Nadie lo había vuelto a ver. Y lo más duro fue que Menganito había sido investigado por la justicia porque en ese momento se había involucrado en la Policía Federal y parece que andaba en operativos. Pero se había muerto antes de que terminara la investigación. En el medio, la mujer lo dejó, pero era más por una historia de infidelidad que por su participación en la dictadura.

María mostró fotos de sus hijos, les contó que se había divorciado pero no habló de sus años en Australia. Yo le había pedido que no contara nada de mí, que no dijera que vivía acá porque no me sentía con ganas de hablar de lo que hacía. La gente pone cara de susto o cara de que doy lástima cuando se entera de que soy abogada en los juicios de lesa humanidad. Piensan que tienen que decir algo serio sobre el tema pero en general lo único que les sale decir es “Ah, mirá”. Después están los que quieren reivindicarse militantes de algo y los que piensan que los juicios tienen que ver con el peronismo. Sin hablar de los que se muerden los labios hasta que logran preguntar si tenés un pariente desaparecido. Yo prefiero no hablar del tema fuera de mi

trabajo porque nunca sé el efecto que eso tiene en la gente. Así que no conté nada de Australia y ella no contó nada de mí. Se sacaron fotos con los celulares y muchas veces se cortaron la palabra, iban y venían en las ideas, en los recuerdos. Al final, calcularon que hacía treinta y ocho años que habían aprobado el bachillerato y pidieron una copa de sidra para brindar. Se despidieron con lágrimas y promesas de volver a verse, de viajar a Europa, de avisar las cosas que pasan, llamar por teléfono.

En el colectivo de vuelta a casa le pregunté a mamá por qué no les había contado nada de Australia.

—Todavía me cuesta hablar de eso. Mirá, ni siquiera a vos te conté.

—Es cierto.

—¿Por qué no me preguntás nada sobre Australia?

Le contesté con una ironía:

—Vengo de una familia donde no preguntamos las cosas, esperamos con paciencia a que la persona lo cuente, cuando quiera.

—A mí me gustaría que me preguntes sobre Australia.

—¿Cómo es Australia, mamá? ¿Cómo era tu vida, allá?

—Australia es hermoso, Harmonica. Un día quisiera escribir un libro para contar mi experiencia allá.

—¿En inglés?

—No sé en qué idioma. A veces sentía que no era tan fácil integrarme, pero me parece que tiene más que ver con mi integración en la familia de Mikael, porque veían como algo malo que una mujer de mi edad saliera con un hombre veinte años más joven.

—Un día vamos a tener un presidente joven casado con una mujer veinte años más grande y vas a ver cómo se van a caer estos prejuicios.

—No creo. Volviendo a Australia, me ayudó a tomar distancia con las cosas que habían pasado con tu papá y con la Argentina.

—¿Siempre hay que irse a diez mil kilómetros para tomar distancia?

—No sé.

Día 5

Al quinto día, el jet lag había muerto. Mamá se despertó después que yo y con un mal humor execrable empezó a despotricar contra los obreros del edificio en construcción al lado de casa, que empiezan a trabajar a las ocho de la mañana. Yo le conté la historia de una amiga en París que se quejaba de los pajaritos que empezaban a cantar a las cinco de la mañana y la despertaban. En París son los pajaritos, en Argentina son los obreros que trabajan, decía de mal humor. Ese día mamá hacía caer todo: la taza de café, el frasco de azúcar, su producto para los lentes azules. Todo se le escapaba de las manos.

Su cuerpo reaccionaba para hacerle acordar que ese día no iba a zafar. Era su día del recuerdo. Por lo menos había pasado a ser uno solo y ya no eran más semanas enteras. Tuvimos un intercambio de palabras un poco áspero al principio:

—¿Qué te pasa? ¿Tenés Parkinson y no me lo contaste? –pregunté amablemente.

—¿Hoy es 29 de diciembre? — Todo el día. ¿Te vas a transformar en hombre lobo?

—Ay, Harmonica, si supieras. Hoy tendrías que irte y dejarme sola acá con prohibición de tocar nada.

—¿Por qué no me contás y terminamos de una vez por todas con este circo?

—No es fácil contar.

—No puedo imaginar lo difícil que debe ser contar un secreto, pero estoy acá para escucharte.

—Una vez por año soy atacada por los recuerdos. Antes me pasaba más seguido, ahora los logré circunscribir y suele ser el 29 de diciembre.

—¿Cómo es que te atacan?

—Ese día tengo que estar en cama todo el día, recordar, llorar, dormir y sanar.

—Parece un ritual judío.

—No sé si es judío, pero me pasa.

—¿Y ya probaste hablarlo con alguien? ¿O te quedás sola ese día?

—Hablar tuve que hablarlo porque me pasó estando con tu papá y también con Mikael.

—¿Contás tus recuerdos feos?

—Muy poco.

—¿Me querés contar? Hay cosas que creo que quiero saber.

—¿Qué querés saber?

—Todo lo que te pasó a vos mientras papá estaba detenido.

—Fue la vida en clandestinidad, tratar de ser invisible con dos niños que querían jugar, escaparse siempre, estar con gente de la que no sabés la verdadera identidad, el intento de secuestro…

Mamá habló.

Después de esto, agarré el teléfono y llamé al delivery para que nos trajeran dos porciones de ñoquis. Mamá se fue a acostar en la cama de mi habitación, para su ritual de sanación. Yo me acosté al lado de ella, mirando el techo. Había un mosquito que me miraba. Imaginé mil maneras de matarlo: con un zapato, con una zapatilla, con tacos, con un libro, con la escoba, con la mano… pero no tenía la voluntad de levantarme. Ahí aplastada sobre el colchón pensaba en lo que me había contado mamá. Finalmente, me quedé dormida hasta que tocó timbre un empleado de la fábrica de pastas.

Día 6

Ginkgo estaba para atrás.

Ginkgo vino del invierno francés, con pocas hojas, todas amarillas. Esa mañana constatamos que se habían caído todas las que quedaban. No sabíamos si estaba pasando por el curso natural de su ciclo, atravesando el invierno de allá, o si se estaba muriendo. No sé si hay muchos estudios sobre el desarraigo de los árboles y el cambio de estación. Mamá insistía con fervor que se estaba muriendo y que había que trasplantarlo ya. Yo pensaba que un árbol que sobrevivió a un ataque nuclear podía sobrevivir a un desarraigo, pero tal vez sobreestimé el poder de supervivencia de la naturaleza.

Mamá quería que lo plantáramos en la casa de Solano. Decía que

podíamos hacerlo ese día, sin permiso de nadie, y además le gustaba la idea de hacer algo en el jardín que tanto quería su papá y que los nuevos dueños no supieron cuidar. Fue ahí cuando le tuve que decir la verdad sobre el futuro de la casa: la iban a derrumbar para construir un edificio. Se enojó mucho porque no le había contado lo del papelito, pero me defendí: era para cuidarla a ella, yo la había visto muy mal ese día.

Le iba a decir la verdad cuando me diera cuenta de que estaba lo suficientemente entera para soportarla. Ante la urgencia de la situación de salud del árbol, no nos dimos el lujo de pelearnos por el tema de las mentiras en la familia, teníamos que encontrar un plan B. Mamá propuso plantar el árbol en la ESMA. Yo le dije que me encantaba la idea pero que pedir permisos y todo esto, ¡iba a llevar años! Fue ella quien insistió para que lo hiciéramos en la clandestinidad, a plena luz del día. Su frase de cabecera era "En la vida hay que probar".

—Nos hacemos pasar por un grupo de militantes de derechos humanos que venimos a plantar un árbol como mecanismo de reparación del exilio. ¿Vos decís que no nos van a dejar pasar?

Decidimos probar. Nos vestimos bien: mamá con un enterito blanco y negro cuadrado y una cartera Louis Vuitton. Ella, como todos los días, se puso además sus ojos azules. Yo me puse la misma ropa que cuando voy a las audiencias: un pantalón negro y una camisa roja. Nos íbamos a morir de calor, si es que no terminábamos presas. Pasamos por Easy a comprar una pala y cinco kilos de tierra. Al llegar a la ESMA sacamos todo del auto y entramos por la puerta principal.

Me presenté con mi verdadero nombre y el título de "abogada de derechos humanos", y presenté a mi madre como diplomática de la embajada de Francia. Mi mamá saludó al guardia en francés y le dio la mano, luego de lo cual le expliqué:

—Venimos a plantar este árbol en el predio. Fue donado por la Embajada de Francia en Argentina en nombre de todos los refugiados de la dictadura que tuvieron que irse de su país.

El guardia de la entrada preguntó si íbamos a ser sólo dos. Le contesté que íbamos a ser más, una comitiva, pero la reparación por el exilio no era una prioridad para nadie en este país. Nos miró raro, intentó llamar a alguien pero como nadie respondía nos dejó pasar.

Fuimos al lugar que mamá había señalado y empezamos a excavar un

pozo lo más profundo posible para que Ginkgo pudiera expandirse y permanecer, para que dentro de cien años pudiera también proteger a todos los que se escondieran en sus hojas durante un ataque nuclear.

Tuvimos que hacer todo rápido para evitar sospechas. Yo tenía la certeza de que nadie pero nadie se iba a dar cuenta de la aparición de un árbol nuevo en el predio.

Por razones que desconozco, mamá había traído una bombacha que sacó de su cartera Vuitton y tiró en el pozo antes de empezar a recubrirlo de tierra. Era una bombacha de seda blanca, parecía nueva. No tuve tiempo de preguntarle por ese gesto y luego no quise indagar sobre el potencial simbólico de la bombacha: cada cual se repara como puede. Cuando terminamos, con una mano en el corazón cantamos cada una una canción. Mamá cantó el himno argentino y yo intenté cantarlo con ella pero no me sabía bien la letra. Entonces canté la que me sabía de memoria, la marcha peronista. Más tarde, pensé que nos habíamos equivocado en las canciones y tendríamos que haber entonado juntas una de Julio Iglesias.

A mamá se le habían llenado los lentes azules de polvo de tierra y se los tuvo que sacar antes de salir del predio porque no veía nada. Le dije de salir con la cabeza agachada para que el guardia no se diera cuenta, pero me dijo que ella iba a salir de ese lugar con la frente alta.

Día 7

Me desperté porque me moría de calor, pero no sentí olor a café. Mamá no estaba en la cocina, pero el aire se había apagado. No era la acción de ningún fantasma traído de la ESMA sin querer, era nada más que otro corte de luz. ¿O era el inicio del fin del mundo? La idea de que terminara todo acá me venía bien. De hecho, sentía que había cumplido con mi misión en esta tierra y no tenía más nada que hacer.

Después de un tiempo largo sentada en el sillón esperando el regreso de la luz o el indicio de que ya me había muerto, decidí despertar a mamá, pero no estaba en su cama. ¿Cómo había logrado salir sin que yo la escuchara? El abandono es un sentimiento que regresa rápido, y la desaparición también. Me vestí enseguida, no tuve el ánimo de lavarme los dientes, y vi que las llaves del departamento seguían en la puerta, lo que indicaba que mamá no se las había llevado. Entonces era simple. Había salido a comprar facturas y como se había cortado la luz, no había podido tocar el timbre para volver a entrar y se había quedado afuera. Seguro que la iba a encontrar en un café del barrio esperando a que volviera la luz. En la calle había poca gente, al

contrario de lo que suele pasar cuando hay cortes de luz. Una adrenalina fea recorría mis venas y me generaba taquicardia. Fui a Las Violetas, primer café cerca de casa, donde había luz y aire acondicionado. Para mi sorpresa, el salón estaba lleno de gente y no de zombies, aunque algunas personas me hicieron dudar. Había un actor conocido con su abuela, pero guardé mi cholulismo en el bolsillo y seguí buscando a mamá. No se le había dado por Las Violetas.

Di tres veces la vuelta manzana, extendí mi búsqueda a los supermercados chinos y las verdulerías, pero no aparecía. Decidí regresar a casa, por si me estaba esperando en la puerta. No había regresado, ni la luz, ni la madre. Subí los siete pisos como uno sube las escaleras de la guillotina, esperando un milagro.

En casa los minutos pasaban lentamente, los veía acumularse uno arriba del otro hasta transformar la espera en un lago profundo y oscuro que reflejaba una imagen de María tratando de sobrevivir a situaciones terribles. La imaginaba atropellada, secuestrada, perdida, amnésica. La imaginaba en San Francisco Solano peleando con la inmobiliaria que había comprado su casa o en el bar La Orquídea tomando un café con Mikael. No sabía nada de la situación actual de ese hombre. Tranquilamente podría haberse enterado de que mamá estaba en Argentina y querido volver con ella a Australia. No sabía si era él o ella quien había decidido cortar la relación, así que todo podía ser. Mamá no me había dejado ninguna nota pero había dejado su valija. Indicio que me preocupaba y me aliviaba a la vez. Llegaba el mediodía y la luz no volvía, pero apareció mi rencor contra esa madre que se hace esperar siempre. Volví a bajar, la calle estaba totalmente vacía. Era muy fuerte el sol a esa hora. ¿Mamá se habría escondido del sol en un lugar en la sombra? Demasiada sombra para encontrar a una madre… No sabía qué hacer y me debatía entre la idea de llamar a la policía o esperar a que me llamaran ellos para anunciar el horror. Opté por la segunda opción, dado los antecedentes de María: tener a la policía buscándola de nuevo no era tan buena idea. Regresé a casa, abrí todas las ventanas y miré si mamá no se había tirado por ahí antes del desayuno. A esta altura la odiaba tanto que prefería encontrarla muerta. Fue ahí cuando volvió la luz. Eran las tres de la tarde.

Agarré su valija y empecé a revisarla. ¿Había dejado su pasaporte? Sí. ¿Su tarjeta de crédito? No. ¿Pijama? Sí. ¿Ojos azules? No. Mamá había salido con sus ojos azules. Podía no volver nunca.

Por más que me preocupara su desaparición, decidí tratarla de adulta, como me lo venía pidiendo por cartas. Entonces salí por tercera vez

pero no para buscarla sino para comprar algo para comer. Además, si dejaba de esperarla, iba a volver más rápido. Como cuando uno prende un pucho para que llegue el colectivo. Pasé por el chino a comprar sidra y un pan dulce. En la carnicería compré pollo. El plato de la noche iba a ser pollo con arroz, algo sencillo, real, porque el pollo con arroz es un plato atemporal que no desaparece nunca.

A eso de las seis de la tarde, tocaron el timbre. Ni pregunté quién era y bajé. Mamá cargaba varias cajas de alfajores y conitos de dulce de leche. Apenas abrí me dijo que la situación se le había ido de las manos. Había salido a caminar pero una cosa lleva a la otra y el tiempo pasa tan rápido. Ella tampoco pedía disculpas, pero éramos adultas, las dos. Subió, se duchó, preparó su valija. Después me contó que había pasado por el hotel para intentar recuperar el dinero de la reserva que no había usado finalmente y que se había ido a caminar hasta llegar muy lejos sin reconocer nada a su alrededor. Fue hasta Retiro. Ella quería ir hasta Constitución, porque esa estación la conocía, pero agarró por el camino equivocado. ¿Yo cuántas veces me equivocaré de camino cuando vuelva a Francia? No me gustaba mucho este espejo de exilios que había construido al volver a la Argentina. Al rato, empezaron a llegar mensajes desde Francia para desear el feliz año. Mamá atendió su teléfono celular, era Mikael, estaba en París, esperándola. Le dijo que allá estaba nevando, parecía un cuento de navidad. Ella hablaba en francés. Para no escuchar lo que se decían, prendí la música a volumen alto en la cocina. En la radio pasaban una canción de los setenta, “Have you Ever Seen the Rain”. Después mamá se acercó a hablarme para convencerme de volver a Francia con ella. Ante mi negación, se dirigió furiosa a su habitación. Yo seguí cocinando con la radio Aspen recordando todos los hits de mi infancia. A las nueve, María salió de su habitación. Yo estaba sentada en el sillón leyendo un libro. Como si nada, preguntó qué íbamos a cenar. Dejé la radio prendida. El pollo le gustó, el pan dulce también. No tocamos ningún tema polémico más que la muerte de Lady Di, su vida miserable en un palacio. Mi madre sentía mucha empatía por las princesas con vidas difíciles y suegras jodidas.

Antes de las doce, María trajo un tupper a la mesa. Quería que comiera para sanarme. Al principio me negué.

—¡Mamá, es un tupper lleno de tierra!

Ella quiso explicarme: para sanar un exilio muy doloroso, hay que tragar tierra.

—Tragar tierra es morir –le contesté.

Habló de Jodorowsky, de sus consejos en los bares de París, la psicomagia.

—Lo conozco –dije–, pero no quiero comer tierra.

Insistió en que podíamos comer juntas, un poquito. Le pregunté de dónde había sacado esa tierra. Con naturalidad contestó que la había robado de la ESMA cuando habíamos ido a plantar a Ginkgo. Yo ni me había dado cuenta del tupper en su cartera. Para mí fue peor. Le dije que era un asco comer tierra de ese lugar. Entonces me dijo:

—Así no vas a resolver nunca tus problemas de desarraigo.

Me acordé del fin del mundo. Agarré un poco de tierra con la mano y me la llevé a la boca. Tragué. Después le dije a mamá que hiciera lo mismo pero que antes se sacara los ojos azules. Me hizo caso. Se levantó, guardó sus lentes en su cajita y puso la tierra en su boca. Ahí se escucharon los fuegos artificiales. Había empezado el 2013.

Nos abrazamos y abrimos una sidra. Antes de tomar, yo me fui a lavar los dientes. Nos quedaban cinco horas antes de ir al aeropuerto. El avión salía a las nueve y cuarto de la mañana.

María se fue a dormir a eso de la una y después me contó que había soñado que caminaba por la calle Florida en búsqueda de regalos turísticos para llevar a Francia y se cruzaba con el dibujo de Mafalda que sale corriendo de un gimnasio y dice “Yo nunca voy a ser vieja”.

Cuando salimos para Ezeiza todavía era de noche. Vimos el amanecer. Una vez más, María partió de Argentina, sin saber si iba a volver algún día. Yo me quedé en el McDonald’s de Ezeiza esperando a que despegara el avión. A la vuelta quise pasar a saludar a Ginkgo y desearle un feliz año, pero la ESMA estaba cerrada. Uno de los pocos días del año en los que no abre. Lo miré a través de las rejas, se lo veía mejor que ayer.

Monica Zwaig (1981) nació y se crio en Francia. A los 26 años viajó a Argentina, donde vive desde entonces. Además de abogada, es actriz, dramaturga y traductora. *Una familia bajo la nieve* es su primera novela.

Table of Contents

Cubierta